



La católica es una religión puramente espiritual

Hojitas piadosas

Se ha repartido ya la número 10, titulada "¡Muera Satán!", y encaminada á arrancar almas de las garras de tamaño brilonazo.

La nueva que daré será la 1.^a de las Ignacianas, ya que, por causas ajenas á mi voluntad, no pude ponerla en circulación el 31 del pasado, fiesta del cojo pernicioso.

Donde principalmente conviene que circulen estas "Hojas Ignacianas", es en

Bilbao, Azpeitia, Azcoitia, Eibar, Pamplona, Tudela, Tafalla, Valladolid, Carrión de los Condes, Zaragoza, Tarazona, Borjas, Valencia, Gandía, Granada, Sevilla, Barcelona, Manresa, Sabadell, Tarrasa, Girona, Tortosa, Palma de Mallorca y demás poblaciones donde las crías de "San Ignacio" tienen residencias.

Precio, el mismo que las "Piadosas"; y su estructura igual.

Soldados y bandidos

Los carlistas hacen correr la voz de que cuentan con parte del ejército. Menten en esa como en otras cosas; en esa más que en ninguna.

Podría haber, hay seguramente en el ejército jefes y oficiales carlistas, tal vez algún general; éstos podrían, si estallase la guerra, irse con don Carlos; pero ¿arrastrar al ejército? No.

Pruebas mil ha dado de ello; la más grande fué cuando los monárquicos disolvieron el cuerpo de artillería, que los republicanos reorganizaron después. Era un cuerpo privilegiado; pasaba por reaccionario; se vieron desposeídos de sus empleos los jefes y oficiales; y á pesar de esto, muy pocos se marcharon con don Carlos. Preferieron quedarse sin carrera á unirse con los asesinos de sus hermanos de armas.

No; el ejército no es, no puede ser carlista; se lo impide su tradición, el mar de sangre que tendría que vadear para unirse á los asesinos de sus compañeros, la ilustración que hoy posee; y cuando esto no fuera, se lo prohibiría el instituto de conservación.

Los carlistas tienen generales, jefes y oficiales, unos creados en la última guerra y otros nombrados después; han ido ascendiendo en la paz y se presentarían en campaña ostentando sus empleos. Con pocas excepciones, los individuos de ese Estado Mayor son gentes sin instrucción, sin idea de lo que es el honor militar; hicieron del guerrear un oficio

lucrativo, y, por lo tanto, robaron y saquearon siempre que pudieron; no pelearon con nobleza, cazaron con astucia, ó asesinaron con crueldad; el incendio les facilitó en ocasiones el triunfo que á su valor le estaba vedado. ¿Y con gentes así iba á confundirse el ejército español? Con pensarlo se le ofende.

Pero vamos á suponer lo absurdo, á hacer probable lo imposible; que el ejército se fuese con el carlismo, y que éste, ayudado por él, venciera. ¡Pobre ejército al día siguiente del triunfo! Se vería sustituido por la patulea carlista, que presentaría como mérito para ser preferida su antigüedad en la defensa de la causa, su consecuencia, sus sacrificios, los hechos realizados en contra del mismo ejército, y hasta los infames asesinatos de Ripoll, Berga, Cirauqui, Olot, Endarlaza, Abarzuza, etc.

Ellos serían los preferidos, los halagados, los que inspirasen confianza; y si no de una vez, poco á poco la brillante oficialidad española se vería desposeída; y menos mal si, como ocurrió á raíz del 23, no se empleaba el puñal y el revolver para acabar con sus individuos en detail.

Y aunque esto no fuera, ¿qué individuo del ejército llevaría con orgullo una condecoración que ostentase un émulo de Santa Cruz, un grado que obtuviese un imitador de Saballs? ¿Qué oficial se resignaría á tener por jefe á un asesino ni por compañero á un ladrón? ¿Dónde irán á parar entonces las altas ideas que hoy tiene el ejército sobre el honor y el deber? ¿Cómo podría repetir, con el orgullo que lo hace ahora, aquello de que

la milicia sólo es una religión de hombres honrados?

No; los carlistas, si lo imposible pudiera realizarse alguna vez, única manera de que obtuvieran el triunfo, no necesitarían echar á los jefes y oficiales del Ejército; ellos se irían por dignidad personal, por honor colectivo.

Nunca han sabido los carlistas disimular el odio que tienen al Ejército. En la última guerra, como en la primera, los jefes y oficiales que se pasaron á sus filas fueron siempre mirados con prevención, cuando no perseguidos, cuando no deshonrados. Se utilizaban sus servicios, porque eran los únicos que valían, pero se les odiaba en el fondo: cualquier cabecilla feroz y sanguinario alcanzaba más predicamento arriba y abajo: sirvan de ejemplo Zumalacárregui en la primera guerra, y Dorregaray en la segunda. Cabrera, don Basilio, cualquier otro malvado significaba más que el primero para Carlos V; Santa Cruz, Saballs, Rosa Samaniego eran más apreciados que el segundo por Carlos VII.

Y era lógico. En un partido que tiene por bandera el robo, el incendio y el asesinato, son los mejores aquellos que más asesinen, más incendien, más roben...

Por esta razón nunca podrían imo-

nerse en el carlismo los jefes y oficiales del Ejército, que, ni aun en los momentos en que se batían como fieras, se olvidan de que son hombres, y honrados, y caballeros.

JOSÉ NAKENS

Piruetas vaticanas

A la actuación de que el Papa se mezcla en los asuntos interiores de España, hace reponder aquella curia con este sueto:

«¿Qué quiero decir eso de asuntos interiores? ¿Cuáles son los asuntos interiores de España en que ha intervenido el Vaticano? No creemos que el Papa se haya ocupado, por ejemplo, de cuestiones agrícolas, comerciales ó financieras, ni de las que conciernen al Ejército ó la Marina. No sabemos que lo haya hecho. El Papa únicamente piensa en los negocios de la Iglesia y en los de los católicos, y no dirá nadie que no tiene derecho á ello.»

¿Cómo va á intervenir en todo eso, si lo tiene interviniendo hasta las cachas?

Agricultura. Prohibase al Papa bendecir los campos, apagar las tormentas con las campanas, atraer las nubes con sus vírgenes, bendecir los cochinos, pollinos, mulos y demás almas devotas... ¡Veremos la gritería del Papa por expulsarle de la agricultura!

Ejército. Hagan la prueba. Prohibase al ejército tener patronos romanos y venerar santos romanos; prohibase al soldado asistir de uniforme á la Iglesia; niéguese el rector á las procesiones y la asistencia gratuita de la oficialidad; suprimase el cleo castrense; concédase libertad religiosa al soldado... y veremos al Papa chillar por verse expulsado del ejército.

Dos curules de lo mismo de la Marina. Y además, sométase al cetro papista al servicio del ejército y de la Marina... y veremos si interviene ó no interviene.

Ha ta en la sopa está metido; hasta en las botellas del cartujino, del benedictino y del carmelitano.

Y no hablemos de otros sitios y de los potingues curativos.

¿No interviene, eh?

Quítese el título de comadrón á San Raimundo... y habrá que oír al Papa.

LA PRENSA DE CONSTANTINO

Con muy buen tino dice *El País* que no le extrañan los crímenes conventuales, sino que haya padres que confíen sus hijos á las gentes de toca y de cogulla, después de tantos y tan duros escarmientos.

Pero el querido colega no advierte que la *masa neutra* no se entera de tales crímenes; lee la prensa reposada, asendereada y NEUTRA; y para esa prensa, eso de crímenes en conventos es cosa demagógica, de gusto perverso, repugnante para los estómagos delicados.

dos y poco vistoso para los señores doctorales y magistrales del neiodismo.

Es pensada la que *de esta* la verdad con su cuenta y razón; y si bien hace pitos anticlericales, no se baja á estas menudencias de muertos más ó menos, de una violación de menos ó de más; son futesas... casos particulares que nada prueban y nada significan *contra la colectividad*.

Pero esta misma prensa neutra no pierde ocasión de aplaudir la oratoria de padre M. renque y el saber de fray Palendergu, los bordados del colegio tal y los sanos de la capila cual, sabiendo bien que estos a lausos *de cas* *particulares* son explotados como anuncios de la *colectividad*.

Es la prensa impresa sobre la tela del manto de Constantino; deja ver lo bueno del clericalismo y oculta lo malo.

Y de este modo, y del modo inverso, ni Dios tendría por dónde ser agarrado, ni el diablo tendría cosa mala.

¿Qué sabe la *masa neutra* de los crímenes clericales, si quien debiera contárselos se los oculta?

¡Oh, esta prensa! ¡Esta masa neutra! ..

Cuando murió el Sr. Flidner, hombre apreciadísimo en Madrid por sus virtudes cívicas y aplaudido cien veces por su civismo por la prensa *neutra*, al decirse en la escuela mortuoria que era pastor protestante, no hubo un *periódico* de buen tono que lo copiase. Uno que dió noticia del entierro suprimió discretamente la calidad de *pastor*, y otro, sangrándose en salud, copió lo dicho por aquél.

Y con prensa tan «constantinesca», ¿á dónde ha de ir el pueblo más que á los colegios y conventos *jamás censurados* y muchas veces aplaudidos?

Ella es la aliada del traile y la que solicita los frailes: no á esos desventurados *Universo, Siglo Futuro* y *Correo Español*, con los cráneos de cuyos redactores juegan al bolo frailes y monjas, utilizándolos para vedados de las inmundicias que no sentarían bien en la «prensa de buen tono».

Y voilà tout.

Los encubridores

Leo en *El País* del día 6:

«La enfermera del convento de Ciempozuelos, acusado por la prensa liberal de *Huerto del Francés* monacal, ha venido á Madrid visitando á D. Alejandro Pí al y á las damas de Estropajosa.

El objeto, como es de suponer, es solicitar el entierro del proceso por medio de la presión sobre jueces y actuarios.»

Y al leer esa noticia, suje súbito ante mí el pasado y me siento orgulloso de haber encubierto á un *criminal*.

No á un criminal que me pedía una patente de corso para poder seguir cometiendo impunemente nuevos crímenes; sino á uno que, ante la visión del patíbulo, acudía á mí para que le salvara la vida.

¿Quién era? No me importaba. ¿Qué había hecho? No debía averiguarlo. No se trataba en aquel momento de pesar, medir, juzgar ni condenar. Ante mi estaba un hombre cuya silueta proyectaba la sombra del verdugo; un hombre que me conocía, sin *c. nocerme*, cuando me elegía para que lo amparase en una población de 600.000 habitantes. Preguntéle, hubiera sido cruel; reconveníle, infamia; rechazarle, *crimen*.

Oíganlo, y escandalícense esos políticos y esas damas que *encubren* los crímenes que se cometen en los conventos y asilos religiosos, dando ocasión á que se perpetren otros nuevos: yo le agradeceré al criminal aquél la honra que me dispensó eligiéndome para salvarle; mejor dicho, para enterrarle en la tumba del olvido, puesto que ya estaba ejecutado civilmente.

Pero yo lo hubiera rechazado si llega á pedirme protección ó ayuda para proclamar su inocencia y agazaparse después en las sombras al acecho de otras víctimas.

No; eso no lo hubiera hecho yo; ni lo haré jamás; porque eso me convertiría en cómplice suyo, y yo quiero dormir tranquilo.

¡Yo prestar apoyo, ni conceder protección, ni *encubrir* á los que asesinan por hambre á los niños en las inclusas, á los enfermos en los hospitales, á los ancianos en los asilos!

¡Yo tapar, ni disculpar, ni justificar á los que secuestran jóvenes, que después corrompen, que luego explotan, que más tarde arrojan en brazos de la tisis!

¡Yo tabajar para que los jueces no intervengan en los crímenes que se cometen en esos tenebrosos edificios donde la impunidad alienta y el miedo garantiza!

¡Oh, no; eso no!...

Yo pude ser, yo fui *una vez* encubridor de un hombre que había cometido un crimen; crimen que no pude evitar.

Vosotros, clericales, sois *encubridores constantes* de todos los frailes, curas y monjas que cometen crímenes; crímenes que no cometerían sin contar con vuestra ayuda y protección.

Sois, pues, cómplices morales de esos criminales. Yo no lo fui del criminal á quien salvé.

Yo lo encubrí, sí; mas no facilité la ejecución de su crimen, mientras vosotros facilitáis la ejecución de todos los crímenes que á pretexto de religión se cometen.

No sois vosotros encubridores del criminal *perseguido y ya civilmente muerto*, sino que amparáis *el crimen* para que se perpetúe.

Vosotros encubris el crimen cometiendo delitos; yo encubrí al anarquista cumpliendo un deber moral; y al hacerlo, arriesgué mi libertad y mi cabeza.

Vosotros cobrais la comisión en esta vida y buscáis que os paguen los réditos en otra.

¿De mí á vosotros?...

¡Todo eso!—J. N.

El rey que rabió y los médicos forenses

Sin duda el caso de Teresa Torres es de la incumrencia de *El Motín*. Nuestros colegas *El País*, *El Liberal*, *El Radical* y *España Nueva*, á cual más y mejor, luchan con denuedo para exigir la depuración de los hechos y de las responsabilidades en amplias y sinceras informaciones que un semanario no puede reproducir. En estas condiciones, *El Motín* va á colcarse en los puntos estratégicos para sorprender y levantar los gazapos que en el coto de la España clerical han de darse con toda seguridad. Y... comencemos por el comienzo...

En *El Imparcial* del día 3 hallamos estas referencias de la autopsia del cadáver de Teresa Torres Martín, víctima de las *Obatas*:

«Teresa había salido hace ya mucho tiempo del estado de pureza.»

¿Quién es el médico que certifica eso? ¿En qué cátedra de ginecología ha aprendido eso? Puede certificar el estado de las membranas; puede descubrir una rotura reciente; pero siendo antigua, no puede decir si procede de la *falta de pureza* ó de otras causas fisiológicas, á no ser que se haya dado el caso del *penis captivus*.

Y todavía sorprendido *infraganti*.

Otra:

«El cadáver presentaba tres contusiones: una en la espalda, otra en la pierna derecha (buena manera de precisión topográfica) y la última en un tobillo. Las tres pudieron muy bien haber sido producidas por golpes que se produjera la joven en sus ataques de epilepsia...»

¡¡Pudieron!! Y aun *pudieron* provenir del cataclismo de Messina...

Pudieron rabiarse ó no rabiarse...

¿No llega a más la ciencia médica española? ¿No hay modo de saber qué clase de instrumentos ó de golpes produjeron las contusiones, tamaño de unas y otras, fecha aproximada, actitud que debió tomar la interesada, reflejos que debieron producirse en el organismo en ambos casos: de ser ella la autora ó de ser otros? ¿Y los arañazos? ¿Y la impresión de las manos monjiles en las luchas sostenidas para sujetarla, según ellas confesaron? ¿Drección de las erosiones, profundidad, etc., todos los cuales datos son necesarios para *probar* y demostrar *lo que fué* y lo que no pudo menos de ser?...

Pudieron provenir de los ataques epilépticos y de otros ataques; esto es lo que se pregunta á los médicos.

«La importante diligencia, hecha con gran escrupulosidad y detenimiento, duró más de una hora.»

¡Oh, maravillosa ciencia española! En *una hora* se ha hecho la inspección to-

pográfica, se han medido y diagnosticado heridas, erosiones y contusiones, se han sacado fotografías, se han extraído humores para poderlos analizar, se han tomado todas las precauciones sobre los tejidos para aislarlos y poder examinar en ellos la influencia de posibles toxinas, se ha estudiado el estado necrobiótico de los varios órganos capaces de haber sido influidos por los hechos que el rumor público señala...

Muy bien; al publicarse el dictamen lo copiaremos y lo enviaremos a las facultades extranjeras, para que vean si procede la revisión y la descalificación.

Estos hechos me recuerdan un caso muy particular.

En Vich era médico forense uno que el público no utilizó jamás como médico, sino como albéitar.

No conocemos todavía el texto del dictamen.

Las noticias que circulan el día 6, son éstas:

«Está rabioso ó no lo está.»

«Pudo ser y pudo no ser.» ¡Bravo dictamen!

Puede ser que sea un buen dictamen y puede ser que sea malo.

¿Lo que pudo ser?

¡Oh, la... la!

Pudieron haberse reclamado las ropas de uso de Teresa que le hicieron dejar las monjas de Ciempozuelos. Una camisa, muda al parecer, habla por cuatro testigos excepcionales a los médicos que saben leer y ver y analizar.

Pudieron haberse sellado judicialmente la cama de Teresa con todos los enseres: los colchones, las disciplinas, las correas, los f ascos de medicina y aun el vaso de leche.

Todo eso son «documentos judiciales» y testigos fehacientes, incontrovertible, que hablan por el muerto.

Pudo inculcarse a las «niñas» a cuyas camas iba a ir a la difunta, para que no fuesen a decir a mentir.

Pudo hacerse... la cuarta parte de lo que se hizo en el proceso Ferrer... y con ello se habría podido hacer un buen dictamen.

¿Qué se ha hecho del cerebro de Teresa? ¿Qué estudio anatómico y fisiológico de los órganos atáxicos y de los centros asociadores, en los cuales habrían aparecido sin duda las degeneraciones histológicas?

Lo que puede hacerse todavía.

1.º Comprobar medicinalmente el estado fisiológico de pureza de las monjas Oblatas, del Director Espiritual y demás personas que allí intervienen. Esto en virtud de la ley prohibitiva de la adulteración de oficios. ¿Se dicen un-

ros y son colillas? Pues han perdido el título profesional, y es un indicio.

En Baviera acaban de someter a tal examen al cura del lunar sacro, en la región sacra.

2.º Sacar de la influencia de las monjas a las acogidas que hayan de declarar.

3.º Pedir a los «médicos» dictamen sobre la influencia que el género de vida de la casa pueda tener y haya de tener en la provocación de la tuberculosis, de la epilepsia y demás similares.

Esto y mucho más puede hacerse.

Y puede no hacerse.

Y puede hacerse un lío.

Y puede deshacerse el ya hecho.

Puntos significativos

La madre de Teresa, en su declaración, ha dicho que al presentarse en el convento de Ciempozuelos, una hermana preguntó sorprendida:

—¿Tan pronto? No lo esperábamos.

De modo que las monjas no esperaban la familia tan pronto.

¿Para cuándo la esperaban, si la chica estaba gravísima, tanto, que el médico, según éste dijo a los periodistas, no la habría dejado trasladar?

Un fiscal dicho sabrá el alcance que puede tener esta frase y el lío a que se presta.

Interrogatorio posible al médico de Ciempozuelos:

—¿En qué fecha hizo usted la primera visita a Teresa? Usted comprenderá que de ahí puede nacer una responsabilidad.

—¡...!

—¿El no advertir los síntomas y señales de la tuberculosis descubierta por los doctores de la autopsia, se debe a su desconocimiento habitual de la semiología y sintomatología, ó al poco cuidado en el examen de la enferma?

—¡...!

—Usted dijo, según los periódicos, que la chica fue trasladada sin su autorización, que usted no habría dado. Luego usted presume cierta gravedad y peligro. ¿Advirtió usted a las enfermeras esta gravedad? ¿En qué términos lo hizo, si lo hizo, y ver que no lo hizo, si dejó de hacerlo? Usted comprenderá que de ahí puede surgir una nueva responsabilidad.

—¡...!

—¿Qué me dice usted de las erosiones y heridas halladas en el cuerpo de Teresa?

—Señor juez: en las casas de religiosas no pueden verificarse ciertos exámenes que juzgan inhonestos.

—Señor doctor: cuando un profesor no puede ejercer debidamente su cometido, declina el cargo para salvar el honor profesional, ó pasa el tanto a la justicia.

—¡...!

—Diga usted, señor doctor: ¿le va usted registro médico de sus clientes? Porque usted comprenderá que sería una gran recomendación para usted el

poder comprobar que sus calificaciones patológicas resultan acertadas...

—¡...!

—Usted, señor doctor, no ignorará que el Dr. Ferrán ha descubierto por la cristalografía ciertos caracteres de los cristales de los esputos de la tuberculosis. ¿Examinó usted los de Teresa?

Interrogatorio á las Oblatas

—Diga usted, madre: ¿son virgenes puras todas las sors? Porque usted comprenderá que si no lo son y si no saben defenderse a sí mismas, ¿cómo defenderán a las otras?

—Señor juez: esto es una indecencia.

—Señora reverenda: esa indecencia la han enseñado a los jueces los tribunales de la Santa Iglesia. Vamos a examinarlas.

—¡Horror!...

—No se alarme, madre; por ahí pasó Santa Juana de Arco, que no hacía profesión de virgen, en proceso que nada tenía que ver con la virginidad. No se asuste; esto aumentará la gloria de las vírgenes.

—¡...!

—Diga, madre: ¿hay en su Orden semi-virgenes?

—¡...!

—Porque usted comprenderá que esas tales, en vez de corregir a las corrigendas, no pueden menos de escandalizarlas.

—¡...!

—No haga caso. En las monjas francesas es cosa muy corriente: los tribunales han intervenido el caso de la señorita Bassot... Tanto cunde el mal, que hasta los autores dramáticos lo llevarán a escena como en *Le Foyer*, por ejemplo, donde aparece un convento de niñas buenas.

Interrogatorio á las acogidas

—¿Qué comen las madres y qué coméis vosotras?

—¿Qué hacen las madres y qué hacéis vosotras?

—¿Cómo os mandan y cómo las obedecéis?

—¿Qué os parece: ¿son Oblatas al Redentor para redimir a las extraviadas, ó sois vosotras las reclusas para redimir las a ellas?

—¿Cuántos kilos habéis ganado en peso de de que estáis aquí?

—¿Cuánto trabajáis, cuánto ganáis con el trabajo, cuánto gastáis en comida y vestido y cuánto se benefician las madres?

—De qué pellejo salen las tiras de las tocas, de las capas, de las funciones solemnes y de más tiras y tirillas monjiles?

Interrogatorio á la superiora

—¿Quién es el Cardenal Protector del Instituto y qué obsequios le hacen?

—¿Quién es el político-protector y cómo ganan la protección política?

Un patriota y un faccioso

El día 5 del corriente se celebró en la catedral de Ceuta una solemne función religiosa en honor de la Virgen de África, patrona de la plaza.

Asistían al acto, siguiendo una costumbre llamada á desaparecer y que debe desaparecer con este motivo, los generales Aldave y Zubía, el Ayuntamiento y las comisiones civiles y militares.

El canónigo Miranda subió al púlpito y se expresó en tonos tan violentos contra el Gobierno, que el general Aldave, no pudiendo contener la indignación que le produjo su procacidad, se levantó y salió del templo en actitud de protesta.

Al general Aldave siguieron el general Zubía, el Ayuntamiento y las Comisiones civiles y militares, que salieron del templo indignados, y lamentando que la costumbre les imponga la obligación de asistir á estos actos religiosos donde no siempre se guardan los respetos debidos y donde ahora se predica la guerra civil en términos que no pueden oír con paciencia los buenos patriotas.

El predicador, ante la protesta muda, pero digna, del general Aldave y de las comisiones oficiales, hizo en su sermón una pausa. Después arremetió con mayor brío contra el Sr. Canalejas y pidió á las señoras, únicas oyentes que habían quedado en el templo, que hicieran una campaña con sus maridos para contrarrestar por todos los medios la política del Gobierno. A sus instancias, las señoras juraron ante la Virgen poner freno al anticlericalismo de sus esposos.

Es verdaderamente vergonzoso que estas cosas ocurran, pues bastaría para que no ocurrieran que el Gobierno interviniera los sermones como interviene los discursos en las reuniones públicas. El día que vaya desde el púlpito á la cárcel un predicador *trabucaire*, se acaba el repugnante espectáculo que nos avergüenza ante el mundo culto; y no es sólo el Gobierno quien debe intervenir en estos asuntos; deben intervenir también esos santos varones que abandonan á sus esposas, consintiendo que el clericalismo influya en ellas y las indisponga con sus hijos y sus maridos.

Con esa resolución digna, enérgica, española y militar, el general Aldave ha prestado en estos instantes un gran servicio a la libertad, y á la patria, por lo tanto.

Aplaudámosle todos los honrados y felicitémosle todos los liberales.

Hogaño como antaño

En 1906 estaban también en el poder los liberales. «Casualmente» se descubrió que en el colegio jesuita de Chamartín había aparecido un jesuita degollado.

Las autoridades, lejos de sospechar

un crimen, no hicieron una sola detención ni hubo procesamientos...

Cuatro rotativos de Madrid denuncian y explican los *vehementes indicios* criminosos que rodean la muerte de Teresa Torres, señalando nombres, fechas, lugares y personas.

Llevan cuatro días de labor; todavía no se ha realizado ninguna detención.

A las presuntas culpables y á los testigos posibles se les toma declaración en casa de aquéllas.

Comparemos.

Todos los jueces de España son igualmente dignos. Lo propio que ocurre en Castilla ahora ocurrió en otros sitios.

Los jueces son los mismos este año que el pasado.

Y, sin embargo, el año pasado en Barcelona se prendió, procesó y fusiló á un ciudadano por una *denuncia anónima*, personalizada por un policía, sin más solvencia que su sueldo.

La justicia es la misma; los ciudadanos son distintos.

¿Queréis que si en vuestra casa hay un degüello se os crea al decir que fué un suicidio? Pues hay que meterse jesuita.

¿Queréis estar *dieciocho años* en la cárcel sin saber por qué á punto fijo, como Enrique Pujol? No tratéis gente de Iglesia.

Ingratitud

El día 3 del actual pasó por la estación de Orense el ministro de Gracia y Justicia en dirección á Mondariz.

Todo el elemento oficial fué á saludarle: el único que no pareció fué el obispo, el causante de los sangrientos sucesos de Osera.

¡Valiente respeto guarda ese señor morado al representante de un régimen que debió someterlo al celular entonces!

¡Ingratitud! Tienes nombre de obispo.

Perfidia vaticana

Por las revelaciones del ministro de Estado, sabemos las mansas reclamaciones del gobierno español en lo concerniente á las Ordenes religiosas.

A muy tristes consideraciones se prestan tales gestiones. Lo primero que salta á la vista es el cisma en que el Vaticano se ha declarado contra sus propios cánones y contra la disciplina secular de la Iglesia, que era la condición bajo la cual había sido admitida en el mundo y en el trato de gentes. No hay más que habla; la bancarrota de la disciplina, comprobada hace tiempo por los parti-

culares que han tenido que bregar con Roma, ha sido ahora proclamada solemnemente ante un Estado oficial.

El gobierno español ha requerido al Papa á someterse á sus cánones, según aquel cánón puesto de pantalla en el Derecho canónico. «El Papa debe juzgar según los cánones.» *Juxta canones Papa tenetur judicare*. Es falso; tan pronto han desaparecido las Universidades y los concilios nacionales que aplicaban la ley al Pontífice, él se ha proclamado tirano de la Iglesia. «¡La Iglesia soy yo!» «mi ley es mi voluntad.» «Yo soy mi Evangelio, mi Biblia, mi tradición, mi dios! Aquí no hay más Cristo, ni más Padre Eterno. Cuando yo hablo se callan cielos, tierra é infierno.

Esta es la apostasía oficial, proclamada en unas negociaciones oficiales. Será de ver el *Libro blanco* que publicará ahora la Santa Sede, poniéndose la venda ante los suyos.

Lo segundo que aparece es la eterna perfidia; diatribas de rábula son sus *notas diplomáticas*. Contesta exigiendo, ó respondiendo tarde, mal y nunca.

Lo tercero es la inutilidad de los tratos con ella. ¿Para qué *concordar*, si no tiene ánimo de cumplir? ¿Para qué exigirle juramentos, si es la prostituta que tiene por oficio jurar en falso con su *reserva mental*? Nada le valió á Jerónimo de Praga el salvoconducto pontificio. Nada valen á los obispos las congregaciones, ni al clero las órdenes, ni al pueblo el bautismo, ni á los Estados los pactos. La Santa Sede es la sede de la perfidia, del sacrilegio, de la inmoralidad y de la impiedad. Los dioses son adoquines de su corte.

Es inútil tratar con ella. En cincuenta años no se ha logrado hacerla cumplir el Concordato. De él no subsiste artículo alguno en pie, fuera de los estipulados en favor del Papa, que los ha aprovechado para socavar la autoridad nacional, para extraer furtivamente la sangre del pueblo, para suplantar la autoridad del Episcopado, creando nulidades mentales y morales, incapaces de todo civismo y de todo patriotismo, castrados de conciencia, exhaustos de virtud, incapaces para reclamar en derecho, forzados á sucumbir á toda imposición, vacíos de cerebro y obligados á ser fonógrafos del *verbo romano*.

¿Y ahora qué?

El bravo Pío X, el sucesor del padrino de León XIII, el agasajado de la corte, el «padre espiritual y amoroso de España», sabiendo que nuestra patria es débil, sabiendo que estamos con un pie en el estribo para la guerra de África; sabiendo que el tesoro está exhausto y que el pueblo sucumbe al peso del tributo; sabiendo que los partidos gobernantes están minados y divididos; sabiendo que ruge en los sótanos sociales el anarquismo; sabiendo todo eso, nos amenaza con la guerra civil, con la deposición del rey su ahijado, con llenar de sangre el suelo español...

—¿Por qué no vendrá el Papa a ponerse al frente de sus huestes, a imitación de sus predecesores Jul o II, Enrique VII y tantos otros? ¿Por qué no formará un batallón con sus cardenales *prelat*, eunucos, obispos y generales de sus órdenes? Haga eso Pío X, teniendo de ayudante de órdenes a su Merry; vengau ellos, y E-pra dará cuenta de ellos y de los *matich nes* puestos a sus flancos.

Conversación interesante

De una sostenida por Lapuya con Estévanez, copio lo siguiente:

—«Ahora mismo, al tratarse en las Cortes la cuestión Ferrer, ha leído el Sr. Lacierva alguna carta de usted.

—Ya me lo han dicho; una carta en que se hablaba de «arena». Es una villanía querer sacarle punta a esa palabra, suponiendo que significa otra cosa. La arena de que se trata no es más que arena, y se refiere a un folleto mío editado por Ferrer. Si yo hubiera estado en las Cortes, me habría defendido sin hacer más que dar lectura del folleto.

—Pero ese opúsculo se ha calificado de anarquista.

—Mas bien era militar. Porque yo sigo siendo militar en gustos y aficiones. Entre otras cosas, dije en ese folleto que debe suprimirse la ley de jurisdicciones, con tal de que no se supriman los bastonazos bien dados en que se fundó. Recuerde usted que un periódico injurió groseramente a los oficiales, y éstos hicieron lo que habíamos hecho en mi tiempo hasta con menos motivo; para ciertas ofensas, ni se acude a los tribunales, ni se puede ir al terreno del honor. Y dije también en el folleto que un Ejército debe bastarse a sí mismo, sin admitir en su seno un cuerpo extraño, como el llamado Jurídico. Los Consejos de guerra suelen ser más benignos que los auditores, y éstos ejercen una especie de fiscalización depresiva y humillante. Es natural; los oficiales son los sucesores de aquellos valerosos aventureros de Flandes y de Italia, de los conquistadores de América, de los defensores de la Independencia nacional, y los auditores, por lo que tienen de abogados, descienden en función, ya que no en sus personas, de los golillas inquisitoriales. No se diga que también existe un Cuerpo de Sanidad, pues no hay similitud: los médicos son indispensables en la paz como en la guerra, exponen la vida en los combates y han prestado servicios admirables en los puestos de mayor peligro; no así los otros, que no van, no tienen para qué ir, a donde se muere con gloria, sino a donde por una amarga obligación, legalmente se mata. Por eso hay médicos en todos los Ejércitos, auditores casi en ninguno. Los oficiales combatientes no pueden estudiar cirugía ni patología, como los médicos no necesitan estudiar el sistema Cornouaille, ni la táctica de las tres A-must; pero sí pueden aquellos aprender en cuatro días a formar una sumaria. Y si no basta, que se incluya en los programas de estudio un curso de Derecho militar.

—En efecto; veo que conserva usted resallos de milicia.

—No tengo más correligionarios que los cañones; son éstos, como yo, enemigos de la propiedad: me encanta un bombardeo.

—Ya salió el anarquista!

—Soy algo anarquista, en efecto, desde que tengo uso de razón; pero disiento de los anarquistas en que no participo de sus ilusiones. Y, sobre todo, en mi probado respecto a la vida humana; pocos lo han demostrado como yo. Por eso es villano que se intente mezclarme ni directa ni indirectamente en homicidios. Si yo creyera hecho matar, o lo que estoy muy lejos, no mataría por poderes, sino por mi propia mano.

—Si fuera usted diputado, ¿diría usted todo eso en las Cortes?

—Diría mucho más. Se cree que soy mal orador, pero es una fama injusta: como jamás he pronunciado un discurso, no se me puede tener por orador, ni malo ni bueno. En mi hoja política debe ponerse esta nota: «Elocuencia, se le supone.» De todas maneras, ¡cuánto me alegro de no ser diputado! Si yo hubiera estado allí tal vez se hubiese visto o se habría oído alguna cosa nueva. Me alegro, repito, porque de ciertas cosas no necesito defendermelas: de ciertos tiros estoy desentallado.»

Remedio eficaz

Copia que los carcos de Villana (Navarra) cantaron el día 25 del pasado, en que celebraron la fiesta onomástica del que llaman su rey:

Si C malejas se atreve
a expulsar monjas y frailes,
por los montes de Navarra
ha de correr mucha sangre.

Y por muchas partes más; que á esto han dado ocasión los canal escos gobernantes que han preparado la guerra civil con sus halagos y concesiones al clericalismo.

Sin embargo, como yo me encontrara en el puesto de Canal jas, no se derramaria tanta como los clericales se figuran. Con dejar que el pueblo se expandiese un par de días...

Con la ventaja de que así no disminuiría mucho la raza humana, sino la porcina.

Las ligas de mujeres clericales

Mientras el Papa anima con sus lamentos y bendiciones a los vicesacerdotes a la guerra civil fratricida; mientras los periódicos *piadosos* indican la gracia eficaz del atentado personal; mientras los jesuitas crean centros de laborantismo militar, un canónigo de Cuenca ha propuesto formar una *liga de esposas* que han jurado ante la Virgen «poner freno al anticlericalismo de sus esposos». Esta liga de casadas supone que irá seguida de la *liga de quevedos*, y de la otra *liga de machachos agros*. Estas ligas van a ser formidables.

Cuanto los hombres acuden a las ligas con las pretensiones del caso, ellas exigen la cartilla *matrimonial* o el *libro del profesor*. Aquí no yegará nadie sin permiso del *Papa*.

Nos gusta la idea.

Las mujeres amenazando a los hombres con la huelga amorosa... ¡Magnífico!

El primer resultado sería una lluvia de estacazos conyugales, que vendrá hoy oportunamente para «refrenar» el desenfreno piadoso de las mujeres.

El segundo resultado será enseñar a los hombres el mismo procedimiento con sus mujeres. —¿Fris clericala?— preguntará el marido a la esposa sicilíptica. —¿Sí? Pues... no hay sicilipsis: anda con el P. Miranda... Cuéntaselo al Director espiritual...

He aquí una nueva forma de lucha anticlerical en el campo de Himeneo. ¿A que no resisten dos meses de batalla las devotas? ¡Buenas están ellas!

No sólo con el marido anticlerical harán el *Concordato*, sino con el mismísimo diablo.

Lo que han jurado ante la Virgen lo abjurarán ante el señor Himeneo.

Salvo las que tengan en el Padre espiritual el vicario general de su marido

Atentados personales

Yo no acepto el atentado personal como medio de acción política. No puedo aceptarlo. Lo rechazan mi razón y mi sentimiento.

Entre los recuerdos de mi infancia vive con honda huella la impresión de un atentado personal.

Tres tiros disparados contra mi padre por un adversario fanático, pudieron, el día 3 de Mayo de 1874, privar a una familia del amor y el amparo de su jefe natural.

Yo no quiero entrar en comparaciones, que en este caso habrían de parecer en mi apasionadas.

Supuesto un criterio para determinar la licitud o no licitud del atentado personal, ¿quién nos responde de su recta aplicación?

No; el atentado personal es inaceptable.

El que disparó tres tiros contra Pi y Margall en 1874, como el que ha disparado ahora contra Maura, creía tener razón para realizar tal acto. Sacrificó aquel su vida disparándose á sí mismo un cuarto tiro; ha sacrificado éste su libertad.

Vengador de su sociedad y de su religión se supuso aquel, como vengador de la libertad ultrajada se ha supuesto éste.

Si pudiera convenirse en la justicia del atentado en uno de esos casos, a quel en que lo declarase el definidor improcedente sería un nuevo poderoso argumento contra la peligrosa doctrina.

La revolución es un atentado contra el orden, quzá contra la vida de muchos; pero tiene sobre el atentado personal la garantía de mi dificultad para producirle. La revolución no es el mal humor o la crueldad de unos; es la explosión que producen ciertas causas, es la determinante de todo un estado social, es la casi unanimidad en la necesidad de una sanción.

La revolución no es un capricho; el atentado puede serlo. La revolución no es una locura; el atentado acusa con frecuencia una anomalía. De las revoluciones han obtenido beneficios los

pueblos; de los atentados no. Una revolución transforma, un atentado sólo destruye.

Carlota Corday immortalizó á Marat, Angiolillo á Cánovas.

Sólo se immortalizan á sí mismo los grandes revolucionarios. Cromwell, Dantón, Juarz, San Martín, Bolívar.

Y, sin embargo, el atentado personal no produce en mucha gente la aversión que debiera. No son pocos los que aplauden; son más los que lo disculpan.

Sobre las circunstancias que halla en cada cosa, desde su punto de vista el juzgador, el atentado no es, en verdad, sino una consecuencia de nuestra educación pública.

Familiarizados con la pena de muerte hasta para delitos políticos, ¿que es el atentado personal, sino la aplicación de esa pena impuesta por un tribunal unipersonal ó colectivo?

Así considerado el hecho, no queda á discutir sino la competencia del tribunal y la justicia de su fallo.

Por eso se nota el fenómeno de que, al tener noticia de un atentado, se busca mentalmente los antecedentes de la víctima para someterla á un juicio íntimo que disculpe más ó menos á su agresor; es decir, se mide la justicia, la sentencia.

Mientras no borremos de la ley el derecho á suprimir la vida, el atentado personal hallará lenidades en la conciencia pública.

Matar seguirá siendo, al fin y al cabo, un recurso lícito adoptado y consagrado por el propio legislador.

El tema de la oportunidad de la aplicación del principio que ará reducido á una cuestión de forma: será un punto derecho adjetivo.

Si queremos que el precepto del decálogo, *no matarás*, se cumpla, suprimamos el verugo, mil veces más execrable, á pesar de su impunidad legal, que los que se atribuyen el papel de vengadores sociales.

Para que un hombre erija en su propia conciencia un altar al respeto á la ajena vida, es indispensable educarle de modo que no se pueda creer dueño ni de la propia.

FRANCISCO PÍ Y ARSUGA

Los católicos vascos enseñan á los españoles

Teresa Garlato era una linda costurera de veintitrés años que acababa de despedir á su novio, primo suyo. Desesperado el gañán, asesinó á la novia.

El 26 de junio último se celebraba el entierro. Los vecinos del barrio resolvieron promover unos funerales solemnes. Aglomeróse el gentío y ordenó el córtijo, recorriendo las calles seguidos de una orquesta.

El párroco, que acudía en traje lúgubre, al ver los músicos murmuró:

—Puesto que pagan músicos, paguen también al clero como entierro de primera.

Y diciendo esto volvió grupas, abandonando la comitiva y el ataúd.

El pueblo soberano deliberó y resolvió que esta avaricia insolente debía ser castigada. En trojel, siguió el camino de la iglesia parroquial, franqueando la puerta, en cuyo centro se había atravesado el párroco.

Miedo de las iras populares, éste se escondió en la sacristía.

El pueblo fiel entró en el templo, instaló solemnemente el ataúd, reclamó á los curas para que fuesen á responder el cadáver... Todos los curas estaban guarecidos en la sacristía; sólo quedaba uno diciéndolo misa.

Contra él emprendieron á patatazos; convitieron en lanzas los cirios y las cañas del aragüel, y ¡ahí fué Troya!

En vez del *Gloria* y del *Kyrie*, el público entonó á grandes voces el himno ritual para estos casos: *¡Abajo el clero! ¡Muéran los mercaderes del templo!*

Tal fué la cosa, que el misero cogió el bonete y el aspriges y fué á entonar temblando el responso, y echó á correr de nuevo persiguido por la lluvia de patatas.

Rodaron campanillas, volaron candeleros, ¡la mu! La policía puso fin á jolgorio, mandando llevar el cadáver á una barca seguida de numerosas góndolas, camino del cementerio. Al mercader del templo la cuenta le salió un tanto desigual.

E to, en Italia. En España á estas horas había 1.000 prisioneros y 200 procesados.

Loor y gloria al vaticianismo

Los jóvenes católicos españoles de Almería han publicado una hoja con la estadística de las mujeres que han tomado parte en las manifestaciones antieróticas, resultando que sólo ha habido *no más de una mujer* en toda España. Está visto que en el campo católico figuran lo las que no se han manifestado, que supone la precitada estadística son las siguientes:

Mujeres de mala vida.....	270.000
Brujas y semibrujas.....	1.000
<i>Total de según la estadística.</i>	<i>271.000</i>
A esta cifra hay que añadir:	
Amas de cura.....	50.000
Queridas de fraile.....	30.000
Hijas de fraile, de cura y de monja.....	20.000
Seemestradas en los conventos.....	20.000
Esposas adúlteras con los confesores.....	500.000
Y viudas y solteras semiqueridas y queridas á ratos.....	500.000
<i>Total.....</i>	<i>1.391.000</i>

Con más el 99 por 100 de las avaras, las amas del hospicio, demandadoras de monja, repaeras de los celestinos, amas de obispos jubiladas, sacristanas, barrenderas de iglesia, corderas, esclavas de monjas frailes y curas, camareras particulares de señori-

tos devotos, y por fin, las víctimas del clero.

Ni hacer estadísticas saben esos niños sin pliegues... en la pechera.

HUELGA DE SEMINARISTAS

Antes de la separación de la iglesia y del Estado, en los 73 seminarios de Francia había más de 15 mil seminaristas. Cinco años de supresión han bastado para reducir á 6.350 el número de alumnos de aquellos seminarios.

En faltando la *vocación* del sueido, la *vocación* al ministerio desaparece.

Queda comprobado.

El tormento conventual es legal en España

Quiero saber con qué razón, con cuál pretexto, por cuál fundamento jurídico el Estado y los tribunales se meten en indagaciones de lo que pasa ó deja de pasar en el convento, si por qué son mutilados en la autopsia los cadáveres de allí procedentes. Que se rajen, que se tundan, que se asesinen ó que se magallen unos á otros, ó á sí mismos, ¿qué derecho tiene el *Estado católico* á intervenir estas causas?

Pueden intervenirlas la humanidad, la ciencia y los partidos revolucionarios; pero no el Estado, no el gobierno, no los tres unidos, y organizando bien y tomando por do de queran. Cada paso dado en ese orden, es un atropello legal; que to que ahí está el banco, en el primer escalon de la Constitución y del Concordato, hay que botar.

Y por qué los clericales no se atrevrán á defenderse con todas sus armas por lo infames que resultan, voy á hacerlo yo.

Si, señores, en la paso y cada medida es un atropello. España es oficialmente católica. Las leyes de la Iglesia son leyes del reino, pero leyes suprimas, indiscutibles, inapelables, divinas. Esto dice la Constitución.

Y es ley católica la *impunidad civil* y el privilegio de fuero. ¿Qué entendéis vosotros, los legos, de las cosas espirituales? Todas esas que os parecen barbaridades á vosotros, sabiéndolos del siglo, son sublimidades que Dios ha creído sólo á los púeros y os ha ocultado á los grandes.

Y es ley católica que el que obliga á un clérigo, y más á un fraile, y más á una esposa del Señor, á comparecer ante los tribunales civiles, queda excomulgado con excomunión especial y echado fuera de la grey católica. Y he aquí el primer atropello: el Estado español católico oficialmente, excomulgado por atropellador del fuero clerical. ¿Que hay que pensar de tal contubernio, sino que tan siavergüenza es la curia romana que *comunga* con un *corrupto*, como el Estado que siendo excomulgado se empena en llamarse católico?

Pero, si, es católico; lo dice el, y aun lo dice el Papa. ¿Qué clase de católico es, mo es ese? El de la trampa: el católico.

cismo impúdico, deshonorado, cínico y quebrado en quiebra fraudulenta.

Pues bien: España es nación católica; como católica jura guardar los cánones. ¿No los guarda? Luego es perjura, cobarde é infame. Falta, abusando de la impotencia de la Iglesia para hacer efectivos estos juramentos.

Y vengamos al caso.

¿Que en el convento matan frailes y monjas? Bien; ¿y qué?

Las monjas y frailes no pertenecen al mundo, *huyeron del mundo*, están inscriptos en otro mundo, están «muertos al mundo». Esta doctrina católica se enseña con autorización del Estado en seminarios y púlpitos por catedráticos y oradores pagados ex profeso por el Estado, acompañados por Ayuntamientos, gobernadores, generales y soberanos en sus procesiones. Esta doctrina se publica en los Boletines eclesiásticos pagados por el Estado, y se practica en los confesionarios de curas, penitenciarios y obispos pagados por el Estado con este fin exclusivo, de enseñar esto.

¡Ahí están las obras de la Madre de Agreda, editadas por cuenta de los reyes, explicando hasta el último pormenor esta muerte al mundo: «Vivir muerta», dice aquella monja inspirada por los frailes; «vivir muerta»; este es el estado de monja.

Al convento no se va á vivir, sino á morir.

Las que se aprovechan de sus gajes para regalar la vida, son frailes y monjas impuros, sensuales, prostituidos, degenerados y protervos. Allí se va á practicar la «mortificación», ó sea, el cultivo de la muerte.

Por los votos se mata la razón individual, se mata el sentido moral; allí no se piensa ni se discurre lo que debe hacerse; se hace simplemente, ciegamente, bestialmente. Esto significa el voto de obediencia.

Se mata la vida póstuma, la honestidad del placer, el deber social, la carne, el sexo, en fin, con el voto de castidad. La monja no es hembra, ni mujer, ni la esposa del hombre, ni la hija de familia, ni la madre de los hijos; es virgen.

El fraile mata en sí la fecundidad, la paternidad, el sentido patriótico, el sentido social; es virgen; del mismo sexo que la monja.

Son los «castrados voluntarios».

Por la sumisión al director espiritual matan el derecho á la salud y á la vida. El puede mandarles maceraciones, ayunos, penitencias, insomnios, hasta perder la salud, hasta contraer la enfermedad, hasta perder la razón, hasta la muerte.

Y no crean que es exageración, ni deducciones lógicas remotas; son textos inmediatos y terminantes de los libros de dirección espiritual.

Si, señores; los frailes directores reclaman el derecho «á matar», así, con todas sus letras, á matar las monjas.

Y estos libros corren por España con permiso de los fiscales de S. M. ¡Y con la bendición de los obispos pagados por el Estado! ¡Y con indulgencias del Papa! Y las devotas los leen en la capilla real, en el oratorio de los ministros, en las capillas de las cárceles y presidios, es decir, en todos los templos oficiales.

Es doctrina católica, apostólica, romana y española. Es ley del reino, «in-

violable» como la Constitución, «irreformable» como sus artículos. *Perinde ac cadaver*.

Y he aquí por qué protesto contra toda medida penal que se aplique á las monjas y frailes que hubiesen matado á Teresa Torres; han usado de su derecho; han cumplido su deber católico oficial promulgado por el Estado.

Al Estado debe procesarse; á la «Iglesia» *ut sic* hay que aplicarle el castigo. Las monjas son ejecutoras de la ley, como el tribunal militar lo fué en Barcelona, como el verdugo lo es en la ejecución de sentencias.

El Estado español les ha enseñado oficialmente que esto es lícito y meritorio y legal, porque es católico, y lo católico es fundamentalmente lícito en España. Son crímenes oficiales de la España romana; cuando los médicos dictaminen que hay homicidio, cuando los jurisconsultos declaren que hay asesinato, yo apelo al sentido moral, á los moralistas de todo el mundo realmente culto, seguro de que suscribirán este fallo: los culpables del asesinato son el Estado y la Iglesia, y los que usan su representación provechosa; el que carga con el provecho debe responder del gravamen; son gajes del oficio.

Responsables de la muerte de Teresa: el ministro que autorizó las Oblatas.

En una palabra: ó herrar ó quitar el banco.

Subsistiendo el artículo de la Constitución declarando oficial del reino la religión católica, son actos oficiales del reino todos los crímenes cometidos por la práctica de la religión.

Y el matar y mortificar es práctica sublime de la religión católica, es su gran instinto, declarado por el Papa *inmencindible, necesario y sustancial* en la Iglesia, tan incorregible como el picar lo es para la víbora, como el destrozarse carne lo es para el tigre y el león. Ella, la Iglesia, ha dicho que si se le quita esta facultad se muere; de eso vive principalmente y para eso.

¿Qué queréis hacer con la fiera? ¿Declararla inviolable y libre y pretender que no haga víctimas al impulso de su instinto feroz?...

O matarla á ella ó dejarla matar. No hay más camino.

R. MAYOL

Siga la racha

En la escuela salesiana de Piura (Perú) se ha dado un nuevo escándalo sodomítico. Un fraile alemán, Maximiliano Mayer, ha hecho víctima de su lujuria á un niño.

Un periódico semanal, *Fray Simplón*, dice comentando el hecho:

«Estamos seguros que no es el fraile Mayer el único pederasta que hay en la escuela salesiana de Piura, y que en esa inmundicia pocilga donde se afrenta la vida, atentando contra Natura, cada discípulo de Don Bosco lleva oculto entre los pliegues de la sotana el germen de la sodomía.

Conste que escribimos este suelto con la mayor naturalidad, sin que la perpetración del delito nos cause el más leve asombro.

Estamos tan acostumbrados á que la

sodomía se enseñoree en los establecimientos regentados por frailes, que ya nada puede extrañarnos en esta materia.

Es muy posible que al alemán Mayer, como en el caso de Laynes, el arzobispado lo premie con un curato de provincia ó le otorgue un obispado.

Nosotros pedimos algo más: que se le escriba á Pío X, el Gran Tacano, y se influya para que lo canonicen en vida.

Nos alegramos infinito de este nuevo atentado contra el pudor de los niños. Puede que él sirva de escarmiento á tanto padre fanático que envía á sus hijos á esos antros de corrupción, donde se empaña la pureza de los educandos y se les inicia en vicios que rechazan hasta los animales.

¿Servirá de escarmiento el millonésimo caso de pederastia perpetrado por el fraile Mayer? Lo dudamos.

Y yo también.

Voy sospechando que muchos padres envían sus hijos á las escuelas clericales, porque habiéndolos agradado el trato que en ellas recibieron, desean que los hijitos de su corazón disfruten las mismas emociones.

Sobre gustos nada hay escrito.

Arreglo fácil del clericalismo vizcaíno

Paréceme que el gobierno podría tomar la determinación de facturar todos los frailes y monjes de España con destino á Pamplona, San Sebastián, Vitoria y Bilbao. Estarían en su casa.

Los católicos vizcaínos quedarían satisfechos; á cada uno de los cien mil hombres guerreros les tocaría una monja; á cada beata medio fraile, y *tutti contenti*.

Pero, apostamos doble contra sencillo á que, si esto ocurriese, los vizcaínos repetirían lo que el Papa con los jesuitas. Fortificarían las fronteras y amenazarían con cañonear los buques y trenes cargados de tal mercancía.

Y eso que una cuarta parte de la frailería española es vizcaína.

Retebién: quieren frailes, pero no por su casa.

A facturárselos, Sr. Canalejas. Cada gallina á su corral.

¡Vaya de ahí!

El fraile Magín Ferrán, del Corazón de Jesús y destacado en Tarragona, ha herido de un tiro de pistola Browning á su superior el P. Torner.

Unos dicen que fué por descuido, otros que con cuidado.

¿Como están los malditos ya! Se disparan solos.

Por lo demás, conste que no me dolería de que se fueran eliminando unos á otros.

Nos ahorrarían trabajo para mañana.

Un librepensador no debe celebrar funerales, ni asistir á ellos, ni pedir oraciones para los muertos.

Cómo se encierra y cómo se rescata una joven presa de las monjas

Historia de Oblatas

No es novela, sino historia; y para que nadie sea osado á desmentirlo, voy á dar todos los datos y á citar todos los testigos que puedan acreditarlo.

Erase en Soria, no recuerdo fijamente el año: 1897 ó 1898. Desempeñaba yo entonces el cargo de Director espiritual del Hospicio Provincial y de administrador del Cementerio municipal; dos cargos preciosos para determinada clase de estudios.

Y aunque sea en digresión, viene á la mano un caso quizás de los más elocuentes testimonios en esta materia.

Las Ordenanzas municipales sobre cementerios cumplíanse allí con toda escrupulosidad.

Un día me encontré en el Depósito de cála-veres el de un niño mal envuelto en un trapo. La criatura estaba reducida á la última expresión de huesos y carnes. Me recordó el de otro niño que había aparecido en iguales circunstancias. Examiné la orden de entierro; era un hospiciario á quien seguramente había yo bautizado. Tenía ya seis meses y parecía un feto. Llamé á un médico; *confirmó mi parecer; las señales de muerte eran de inanición.* Foreé la memoria y la de los vigilantes y enterradores; sí, la misma mujer andrajosa, sucia, y medio-idiotita que había llevado este cadáver, era la que había llevado antes el otro... y otros... Miré el registro; todos los allí llevados por esa apariencia de mujer, eran hospiciarios.

Fui en busca de aquella ama; hacía cuatro años que no había parido; la lactancia de hospiciarios era su oficio. Enterabá uno y le daban otro.

Hablamos, tratamos; llovieron influencias, vióse en perspectiva un escándalo inmenso y la grave responsabilidad de la directora, una Hermana chocha de vieja, sin sentido moral y sin sentido común, pero llena de misticismo, rigorismo y de furor por el orden. Terca, misteriosa, tenaz... Un tipo que abunda en el sexo regular. Discutía, quería tener razón; pero vió la oreja al lobo, y prometió enmienda. Los delitos que pudo haber habido, fueron enterrados con el cadáver. ¡Los muertos no hablan!

La bella Juanita

A pocos pasos del cementerio se levanta medio ruinoso el exconvento de Santa Clara en cuya historia figura una deliciosa aventura amorosa de un conde de Gómara.

El edificio es utilizado para cuartel, cuando hay guarnición. A la sazón no la había, y para custodiar el edificio vivía en una de sus habitaciones la honrada familia de un honradísimo albañil.

El autor de estas líneas había adquirido cierta fatal celebridad de enderezador de entuertos; así es que á mi bufete de enderezador gratuito, acudían todas las víctimas de las trapacerías humanas, divinas y diabólicas, entre las cuales andaba siempre metido. Este oficio era muy de mi agrado, aunque de muy poco provecho, y aun me parecía el más conforme á un ministerio que se

dice nacido para enderezamientos de todas las contrahechuras.

Cuando en los entuertos no andaba gente de Iglesia, solían resultar fáciles; pero cuando andaban metidos los beatos, frailes ú obispos, era cosa de preparar el cuerpo y el alma á todo evento.

Un día acudieron á mi consulta dos vecinas; la esposa del albañil y otra de mi barrio del Hospicio.

—*Cuéntaselo... díselo... ¡No temas!—* decíale ésta á la otra que parecía atragantada.

Por fin habló:

Tenía entre otros hijos, una hija, linda moza de dieciséis años, de conjunto fisonómico y mímico tal, que Venus no podría haberlo ensoñado mejor y más propio para cautivar á los hombres.

No era en ella artificio, ni coquetería; era un depósito inconsciente de tesoros de amor, á los cuales servían de rótulo provocativo sus gestos y sus rasgos.

Los señoritos sorianos, que no fueran señoritos si fuesen lo bastante morales para venerar en la doncella apetitosa de hoy, la esposa, la madre y la víctima de mañana, no respetaron aquel sagrario de amores. Y dijose que si hubo y si no hubo. La muchacha había estado unos días fuera de su casa; la pindonguería soriana cebóse en ella con la mesura propia de ciudades clericales en que las mujeres aprenden á vestir santos y á despellejar prójimos.

Enteráronse las estantiguas de cierta sociedad de brujas piadosas, que vieron en el caso la ocasión de meter ruido, de sacar su celo y de hacer alarde de su piedad. Como buitres hambrientos cayeron sobre la familia, en ala cerrada. ¿Es celo de la fe? ¿Es el sport de creer hacer un bien? No; algunas de esas damas tan cuidadosas de la castidad de los extraños, suelen descuidar más de lo debido la custodia de sus hijas ó sobrinas.

Pero esta custodia vigilante no mete ruido, es propia de cualquiera madre ó tía; una simple lavandera sabe practicarla. No es por deber ni por religión, sino por vanidad, para que «se diga» de ellas en el cotarro de su cofradía.

Esas brujas, pues, pertenecientes á la clase primera de la clase media de allá, ayudadas de ciertos cleriguillos de su devoción, aturdieron la cabeza de los padres exagerando á estilo de fraile la falta de la chica, la negrura de la deshonra, el ridículo de la familia, el aislamiento social... Y los padres las creyeron y pusieron la hija (Juanita se llamaba) á las órdenes de aquellas fieras santurronas. Ellas se ofrecieron á remediar el mal, exigiendo de los padres la incomunicación de la muchacha, que llevaba varios días de encierro.

En dónde la encerraron

Esto me dijo la madre; ofrecile ir á su casa en cuanto estuviese su marido, y venido tal aviso, fui al cuartel.

Forma éste un rectángulo, dejando en el centro un vasto patio. Erase en invierno, y en Soria, y en lo más elevado del cerro. Excuso decir la humedad de los parajes sombríos.

—¿Dónde está Juanita?—pregunté.

—En el calabozo—dijéronme.

—Vamos allá.

—Es que... las señoras lo han prohibido.—Y lo decían temblando.

—Bien; con esas señoras me compon-

dré yo. Ahora soy yo quien manda. Vamos allí.

Y atravesamos el patio; entramos en un pasillo obscuro, estrecho, húmedo, sucio y frío. A ambos lados aparecían los huecos de las puertas.

En una de éstas había un ventanillo acuartelado por una cruz de hierro. Era el aposento de Juanita.

Abrióse la puerta. Un ventano elevado dejaba penetrar luz tenebrosa, luz húmeda, luz fría, luz «eclesiástica». Sus rayos dejaban descubrir en las tinieblas una sombra blanca, como de un cuerpo tendido sobre un mugriento camastro. Más tarde, los ojos buscones descubrían una escudilla con agua, una fracción de manta, un mendrugo de pan...

Allí llevaba varios días Juanita.

La vi, vi aquel cuadro; en mi cerebro vi mezclarse con estas imágenes las siluetas de las brujas, el clerigote... y ¡me avergoncé! Me avergoncé de llevar un hábito ennegrecido con esta negrura de la crueldad.

El angel ó el demonio

Al verme Juanita sintió más frío.

—Será otro verdugo!—debió decirse.

—¡Vamos, Juanita!—dijele resueltamente.

—¿A dónde?

—Al sol, Juanita; á la luz, á la claridad, fuera de estas negruras, fuera de este calabozo, en el cual debieran estar los que en él te han metido... ¡criminales!...

Al herirla el sol, sintió nuevamente la vida: la vida que es posible sentir después de llevar varios días en aquel calabozo á pan y agua.

Hablamos; animéla. Reanimé su conciencia.

—¿Fulana?—le dije.—¿Es ella la que te ha traído, la que te ha sermoneado obligándote á asustarte de ti misma?... ¿Fulana?... Pues, sábele, Juanita: Fulana daría algo por poder ser tan pura, tan inocente y tan limpia como tú...

Y Juanita sabía que yo sabía lo que decía y que decía lo que sabía.

Quedó reintegrada en la familia, no sin después de haber argüido á los padres cuanto reclamaba el caso.

À las Oblatas

Las «brujas» se enturecieron y aun trataron de escandalizarse, á tiempo que llegué á su tertulia de la familia... Y me oyeron...

Por fin propusieron una salida temporal de Juanita para que se olvidase el hecho en la ciudad y luego pudiese regresar.

Y se convino enviarla una temporada á las Oblatas de Zaragoza, cuy. institución yo desconocía que se dedicase á corrigendas.

A los pocos días salía Juanita, bajo providencia de las piadosas brujas.

La madre sin hija

La madre iba á llorarme la ausencia de la hija. Cada vez escaseaban más las noticias, y eran éstas tan lacónicas, que por esto se hacían alarmantes.

Aunque no conocía las Oblatas, éranme conocidos los procedimientos «regulares» eclesiásticos; procedimientos que no se enseñan en libros ni en tradiciones, sino que surgen en la iglesia espontáneamente, como los fermentos

surgen de la masa puesta en condiciones.

La alarma pasó á sobresalto, á recelo, á sospecha; habían pasado seis meses (lo convenido), ocho, doce, quince, no sé cuántos. Las damas eran las que aseguraban que Juanita estaba muy contenta y que no quería volver.

Habe de hacer un viaje á Zaragoza; los padres me encargaron la visita á Juanita, que acepté con ciertas condiciones:

1.^a Una carta del padre ordenando á las monjas la entrega de la hija, si á mí me pareciese oportuno.

2.^a Una recomendación especial del gobernador de Soria para el de Zaragoza, que dió más particular el entonces secretario, amigo mío.

Llegué á Zaragoza; el gobernador puso á mis órdenes los agentes que fuesen menester.

El asalto

Con estas precauciones, necesarias siempre tratándose de gentes de pelaje eclesiástico, tomé el *Poseo de Ruiseñores*. Al acaso tropecé con un amigo, Joaquín Herrero, propietario de una fábrica de fajas de Torrero. El me dijo que estaba haciendo un buen negocio con las Oblatas: los flecos de fajas que antes, hechos por operarias, le costaban 10, las Oblatas se los hacían por 5.

—Muy buen negocio para ambos—respondió.—Antes pagaba usted á las operarias diez y ellas no ganaban nada, si ya no perdían. Ahora usted se ahorra 5 y las Oblatas ganan todavía otros 5. Ellas tienen operarias de balde, mantenidas por la caridad pública, y aun con propina.

Conocía yo algo la casa de las Oblatas. Un capellán amigo me había llevado á verla; había recorrido todo lo visible y aun algo más, y entre aquello una de las salas de labor. Lo recuerdo; dos ó tres largas filas de máquinas de hacer media con otras tantas operarias; cuarenta, ciento, no sé cuantas. Estas operarias eran las *acogidas*, ó sea las *reclusas*, ó sea las condenadas á *trabajo forzado perpetuo*. Las había de todos colores, de todas edades; y todas pálidas, cloróticas; la piel era blanca... blanca como una mortaja mohosa, como la flora y fauna de los abismos.

En la guarida

No me era, pues, nueva la casa. Llamé, atravesé el pequeño corredor que da á un saloncito de tres metros en cuadro, con ventanas á un jardín y huerta por los cuales pasea su nervuda musculatura el fornido hortelano.

No estaba la superiora; me recibió la lugarteniente.

Debo advertir que yo andaba á la sazón muy flojo de fuerzas, por lo cual llevaba un grueso bastón de carriñoso y fiel estoque, hoja pura de Toledo.

Indiqué á la sub-priora mi objeto. No sin reparillos pasó recado á Juanita (á quien habían roto el bautismo al entrar, llamándola *Julia* ó no sé cuántos).

Vino la chica; la Madre nos colocó formando triángulo. Juanita, al verme, tuvo un sobresalto de alegría; se acordaba de que sabía abrir calabozos.

Interrogatorio

Entramos en plática:—¿estás contenta, Juanita?...—Muy contenta... respondía. Pero decíalo con los labios después

que con los ojos, en los cuales tengo más fe que en la lengua, habían hablado ya. En efecto; al oír la pregunta, me dió una mirada con todos sus ojos... como preguntando por el alcance de la pregunta; pero saltaba una nube á sus pupilas... iban á mirar á la Sor, caía al suelo la mirada... En estas rápidas palpitaciones, lefa yo lo bastante para saber que los labios mentían y decían que sí porque tenían decir *no*.

Repetí con insistencia la pregunta. La Sor interrumpía á cada frase, disparando un discurso de adocenada mística... ¡A mí predicándome místicas! Me dió la vena; le largué algunas lecciones de la gama mística que ella ignoraba... hasta lograr enmudecerla. Y volví á preguntar á Juanita... ya vacilaba en decir que estaba contenta...

La Sor intervenía con alarmas sobre los *peligros del mundo* y sobre las *siguridades santas* del asilo, en cual camino hube de atajarla, sacando el Cristo y toda mi majestad diciéndole:

—Este es (el Cristo) el que dijo á las monjas de su tiempo y de todos: *las meretrices os precederán en el reino de Dios*... Debajo de esas tocas de santidad hay... lo que usted sabe y yo no ignoro... Quedó muertecita la hermanilla.

Y volví á preguntar á Juanita, mirándola con fijeza.

Mas, la condenada Sor, por encima de mi espalda la tenía clavados sus ojos con miradas de profunda maldición.

Apercíbime; reíme. Me interpose para cortarla la mirada, y dije á Juanita:

—Mirame á mí... á mí... á mí... Y después de fijar bien su mirada y su atención díjele:

—No temas decir la verdad; desde aquí vamos á la calle si es preciso... como la otra vez... Di: ¿quieres salir ó quieres quedarte?...

—¡¡¡Salir!!!—dijo como rompiendo con el suspiro una membrana atravesada en el conducto de la sinceridad.

—¿Qué?—interrumpió asustada la Sor... y quería sermonear de nuevo.

—Nada, hermanita; aquí está la carta del padre ordenando la entrega de la hija; yo le pondré el recibo si es preciso. Cesa toda su autoridad; aquí mando yo en ella y nadie más que yo... Juanita, vámonos.

Á la calle

Asalto como éste no lo habían tenido las Oblatas.

La hernana dijo que no podía salir con las ropas de la casa y que había de ir á vestirse.

Fuéronse ambas.

Pasaron quince minutos, media hora... más. Juanita no volvía, y yo allí, á vista del fornido hortelano que estaba ya apercibido.

Por si acaso, tiré del puño del bastón, dejando asomar los escandalosos músculos del estoque. Y no en vano.

Y sospeché lo que ocurría.

Tomé por un pasillo hasta tropezar con una Hermana.

Exigila que me llevase á donde estuviese Juanita. ¡Qué escándalo!... Pero llegamos....

Medio vestida y medio desnuda la estaban sermoneando. Ella sentíase otra vez sola y abandonada. Al verme no titubeó.

Arrebujóse su blusita... Venía... venía huyendo de algo terrible... sus piernas tenían prisa de correr...

Al llegar al pasillo de salida, la retuve y díjeles:

—Ea, madrecitas: no se trata de una tentación. Ea, Juanita: si salieras así, algún día te acordarías de las palabras de estas mujeres y te creerías mala. Vámonos á la capilla; tú le pedirás á la Virgen que te aconseje... tú sabrás si puedes ser mejor en tu casa y al lado de tus padres, ó aquí...

E hincóse en un banco reclinatorio. La Sor quería ponerse á su lado.

—Eso no—le dije.—En este coloquio estorba usted y estorbo yo; ella solita...

—¿Por qué?...

—¿Porque me sé demasiado... ¿sabe?... Ella solita con su Virgen... no necesitan diablos...

Saliendo de la jaula

Salí con las alas tendidas.

—¡A cacal!

Al cruzar la puerta que da al campo salió toda su alma.

Había dos agentes de seguridad esperando.

Juanita tembló.

—No temas; vienen á dejarte libre y no á prenderte.

Veinte metros habríamos andado, cuando se cruzó con nosotros un tartanón faídico. Se parece algo al carro negro que transporta carnes á los mataderos, algo á los coches celulares de las cárceles.

Tenía un mequino ventanuco con cuatro cristallitos.

A través de ellos se traslucía una nariz, unos ojos, unas tocas... Era la superiora: una mujeraza de cien kilos, como picada de viruelas, con vistas al alcoholismo.

—Da gracias á Dios—díjele á Juanita.—Si llega á estar este maleta no sé si me habría atrevido.

La Madra Pródiga

Unas horas más tardes salía Juanita recomendada por el gobernador á la guardia civil, camino de Soria.

Años más tarde supe que andaba por Madrid. De esto hace doce ó trece años. No he vuelto á saber de ella.

¡.....!

¿Lo qué me dijo?

Es demasiado largo. Uno de los castigos que les imponían—fijese la opinión—era tenerlas veinticuatro, cuarenta y ocho horas ó más, encerradas en el *cuarto de los muertos*, es decir, en la cámara donde eran depositados los cadáveres antes del entierro.

Allí con los aparatos del entierro... allí solas...

Y díganme los forenses; ¿hay medio más refinado de provocar la locura, la muerte, lo que sea?

Y yo certifico que aquella Juanita no era *o ciosa*; la oblata más pura tendría que envidiar la inocencia de alma y la bondad de corazón de aquella joven.

Si un día apareció *mala*, es porque era demasiado buena, demasiado pura... Las mujeres malas no caen; las que caen son las buenas; las malas no caen; *hacen caer*, en el convento ó en el lupanar.

..

Y ahora aprendan las gentes el arte de saber si están contentas las acogidas, y el arte de rescatarlas.

S. PEY ORDEIX

Honor á los militares

Tan pronto como el gobierno otorgue la cruz del Honor Militar correspondiente al bravo capitán del ejército que en Tarragona protestó contra el sermón faccioso del canónigo, y al general Aldave por haberse salido de la catedral protestando contra otro sermón en Cuita, cruces ganadas en la más difícil y costosa de las lides,

EL MOTIN abrirá una suscripción pública invitando á las hijas del pueblo á ceder uno de sus pendientes para fabricar las cruces.

Así serán mejores que de brillantes y de oro.

Y jamás militar alguno habrá lucido sobre su pecho presea más valiosa y honrosa.

El atentado personal

I

REGICIDIO

Intento de asesinato contra el rey de Portugal, cometido por los jesuitas.

En la noche del 3 de Septiembre de 1758, salió el rey de palacio con objeto de visitar á la condesa de Tabora, acompañándole su confidente D. Pedro de Tejeira.

La noche era obscura, y, á través de sus sombras, se divisaban varios grupos colocados en el espacio que media de la quinta del Medio á la de Arrieta, cuyo camino tenía el rey costumbre de recorrer cuando iba á visitar á la condesa de Tabora.

Apenas había doblado el carruaje del rey la esquina de la primera quinta, cuando un hombre salió de improviso y gritó amartillando el trabuco:

—¡Cochero, alto!

El cochero fustigó los caballos y gritó:—¡Paso, paso en nombre del rey...

—¡Detente ó hago fuego!

El hombre que había dado la voz de alto, disparó, pero no salió el tiro.

Otros dos hombres, que estaban ocultos un poco más abajo entre unos groseros, al ver que el coche no se detenía y que su compañero había sido arrollado por los caballos, salieron del escondite, corrieron detrás del coche ó hicieron fuego.

La carga, que era de munición gruesa, acribilló la caja del coche, hiriendo al rey en la parte exterior del hombro y brazo derecho, causándole varias lesiones en el interior y rozándole el pecho algunas postas.

Aturdido el cochero, no acertaba á tomar resolución ninguna, pero el rey le mandó retroceder y que fuera á parar á la puerta de la casa del cirujano de palacio, quien le practicó la primera cura encargándole el rey la reserva.

Mientras esto sucedía, en una quinta inmediata al sitio donde había tenido lugar el suceso, se reunieron varios de los conjurados, siendo uno de ellos, según resulta del proceso que se formó, el marqués de Aveiro, que fué el que quiso detener el coche y á quien falló el tiro, pues según los autos, cuando se reunieron, tiró el trabuco, lo hizo pedazos y

exclamó: «¡Válgate el diablo; cuando te necesito no me sirves para nada...!»

Con actividad siguieron la causa del atentado; los principales acusados fueron D.^a Leonor de Tabora, marquesa de este título, de proverbial belleza y alma varonil; su marido, antiguo virrey de las Indias, D. Luis Bernardo, marqués de Tabora y su hijo José María; el duque de Aveiro, D. José Mascareñas, don Jerónimo Ataire, conde de Atuquía y otros cuatro agentes subalternos.

La sentencia, que contiene un amplio resumen del proceso, señala como cómplices é inducidos del hecho á los jesuitas y muy especialmente á los padres Juan Mattos, Francisco Alejandro y Gabriel Magranda, los cuales prometieron inmunidad en la ejecución de aquel asesinato, opinando «que los actores no pecarían ni levemente y ándoles de antemano la más completa absolución.»

CONDE FABRAQUER

Dicen que comiendo viene el apetito—dec á un monje á otro.

—¿Y qué?—con esto el interpelado.

—Que ya hace una hora que estoy comiendo y no puedo conseguir que me vengan deseos de comer.

Otro cura redimido

El semanario republicano de Córdoba, titulado *España*, pone á la cabeza de uno de sus números este artículo:

Cooperación valiosa

Desde este número forma parte de esta Redacción el ilustre presbítero D. Antonio del Río, profesor de Humanidades de la Orden de Carmelitas Descalzos de San Cayetano de esta ciudad y exvicecanciller del consulado alemán.

La vasta cultura del nuevo redactor, sus viajes por Europa, el conocimiento del alemán, francés, inglés é italiano, y el haber sido testigo de tantas cosas relacionadas con la vida política de Córdoba en el convento de San Cayetano, dará importancia grande á *España*, estando seguros de que sus artículos serán leídos y comentados con interés.

Y á continuación publica este escrito de su nuevo redactor:

Nueva vida

Alguien ha de sorprenderse al ver aparecer mi firma en las columnas de este periódico, encarnación y portandestandarte de las ideas de regeneración y de progreso, y paladín denodado de la causa de la República.

Satisfacer esa curiosidad, justísima—por aquello de que no me duelen prendas—dando de una vez un mentís á los que insidiosamente aseguren y propalen que mi presentación en la palestra de la prensa obedece á móviles de menor cuantía ó ha sido motivada por despechos y desengaños recientes, es el fin que me propongo.

Educado en ese ambiente reaccionario y tenebroso, en el que Dios es un asesino, que acecha á los hombres para hundirlos en el abismo, y dentro del

cual, sin embargo, por una de esas inconsecuencias que jamás comprendí, tienen cabida todas las hipocresías y todas las bajezas, al tanto de todos esos arreos de arlequinescos disfraces, bajo los cuales se ocultan todos los vicios de los seres degenerados, mi alma no pudo comulgar en esos ideales, mi espíritu vivió en el mayor de los suplicios y solamente pudo darme fuerzas para seguir representando exteriormente esa farsa del amor de una madre, por entender que ellas, al darnos la vida del cuerpo, se hacen acreedoras hasta cierto punto á que les inmolemos en sacrificio los ideales de nuestras almas.

Durante mi larga estancia en el extranjero (Alemania, Suiza, Inglaterra y Francia) pude apreciar, con esa tristeza del verdadero patriota, con esas nostalgias del que pudiendo estar en las alturas se ve en el abismo, la diferencia, la enorme distancia que separaba á nuestra pobre Patria, á nuestra desgraciada España, de esas naciones que, colocadas, por obra y gracia de la protección á la industria y al comercio, de la educación de la clase obrera, y de la legítima y verdadera libertad en todos los órdenes de la vida, ejercen esa influencia mundial que á nosotros asombra y sorprende. Y es que aquí lo confundimos todo, lo esencial con lo accidental, la religión con la cultura y el progreso, y queremos, por un estrabismo que no acierto á comprender, dar un sabor místico é inquisitorial aun á los actos más indiferentes de nuestra vida. Esta quimérica unión de la vida social con la vida religiosa—y digo vida religiosa en el sentido en que el fanatismo la acepta—esta constante tentativa de amalgamas imposibles, trae necesariamente la lucha, pero la lucha fratricida, la guerra, pero la guerra sin tregua ni cuartel; y la guerra, cuando una de las partes beligerantes empuña todas las armas y sigue todas las tácticas, parapetada bajo el baluarte de la Iglesia y de la Religión, que prostituye y dispone y prepara la lucha en los comienzos (*qué espiritual todo esto!*) nos conduce á la ruina al envolvernos en un ambiente irrespirable para las almas libres y señoras de sus actos y determinaciones...

Insignificante obrero de la inteligencia, me lanzo al nuevo mundo de la luz y de la verdad, más pobre que Colón; no dispongo ni de aquellas tres carabelas de que él dispuso al surcar los mares tras la codicia del Continente Nuevo, pero sobranme energías y cábeme la satisfacción de que voy á atravesar el proceloso mar del fanatismo, dentro del bajel de la libertad y del progreso, bajo cuyo pabellón tiene cabida todo lo noble y grande, todo lo hermoso y sublime, todo aquello que fascina y enloquece á mi alma: España, mi patria, España mi madre, España por la República.

ANTONIO DEL RÍO (PBRO.)

Los santos asilos

Hay en Cáceres un convento de monjas que, bajo la advocación de la Purísima Concepción, se dedica á recoger y educar por caridad niñas huérfanas.

Hará próximamente tres meses fué

rasladada á él Sor Asunción, maestra superior que ejercía su ministerio en otro convento de Plasencia.

A los pocos días observó la nueva hermana que no era precisamente amor de Dios lo que se respiraba en aquella mansión de caridad, sino el de un tal Esteban, coadjutor de una parroquia, confesor de la Comunidad, enemigo, por lo que se ve, de la Purísima Concepción y muy amigo de Sor María Sacramento, y de Sor Petra, que amparaba y hacía de tapadera de esa amistad.

La nueva hermana era un buen tipo, de ojos expresivos y rostro simpático; y como la gente de sotana, en su inmensa mayoría, no puede ser buena ni aún en sus perversiones, pronto hizo el curita traición al cariño de Sor Sacramento para fijar sus ojos en la nueva hermana, por aquello de que en la variedad está el gusto, y en estas lides agrada más lo desconocido que lo manoseado.

Las insinuaciones del cura encontraron un desprecio absoluto en Sor Asunción, desprecio que excitó más la pasión del cupido tonsurado, que llegó á valerle hasta de las inocentes alumnas, para decirle á Sor Asunción que era muy simpática, que cantaba muy bien y que su voz le llegaba al corazón, lo que demuestra que también los curas ¡ay! tienen su corazoncito.

Ante este asedio constante, negóse Sor Asunción á confesarse con su adorador y á continuar ensayando unos coros que preparaba para el mes de las flores, porque *oía* algunas que más exhalaban perfumes de *lila* que de azahar.

Esta conducta de Sor Asunción y la de su admirador, no podía pasar inadvertida para Sor Sacramento ni para Sor Petra, quienes armaron una intriga y consiguieron aislar á la profesora, sometiéndola después á tratos tales, que la obligaron á acudir en queja al director: éste acordó trasladar á Don Benito á Sor Sacramento y que Sor Asunción continuara en su puesto.

Ante tal resolución, acudió ella en segunda instancia, primero al obispo de Plasencia, que no le contestó, y luego al alcalde, el cual envió al convento al párroco de Santiago para que arreglara el asunto; pero en vista de la resolución de Sor Asunción de abandonar una vida en la que tan solicitada era para fines *non sanctos*, obtuvo autorización para salir por las puertas del convento con bandera desplegada, después de haberle exigido que no dijera á nadie nada de lo que le había pasado ni lo que había visto.

En vista de todo lo relatado, me explico la razón que ha tenido el padre capuchino fray José Tudela para decir á la Colonia navarra de Bilbao, en un sermón reciente:

«Sabéis por qué lucha el anticlericalismo contra las Ordenes religiosas y se lamenta del excesivo número de monjas que reducen su vida á las estrecheces de una celda?»

Escuchadlo y no os pasméis.

Porque los hombres son muy «pícaros», y cada cual de los que forman el bloque anticlerical «necesita cuatro monjas, por no decir ciento, para satisfacer su instinto y pasiones de bestia, más aún, ultrabestiales.»

«Sabéis por qué tanta virgen se en-

tierra en las tumbas de los claustros? Por eso mismo: por escapar de esas bestias.»

¡Pobre hermana Asunción, esa que ha huido del convento de Cáceres! No sabe lo que se ha hecho; ha sido como meterse en la boca del lobo.

Allí, en el convento, sólo con haber accedido á entregarse al cura Esteban, habría podido vivir en dulce calma, á menos que un día Sor Sacramento, impulsada por los celos, le hubiera arrastrado del moño, ayudada por Sor Petra.

¡Pero fuera de él, viviendo al lado de esos hombres pícaros y bestias, que necesita cada uno *cien* monjas para satisfacer su instinto!... ¡Pobrecilla!... ¡Buena la van á poner!... Vuélvase al convento cuanto antes, para conservar su virginal pureza.

Resumamos:

El cura Esteban lujurioso... Sor Sacramento, aquello... Sor Petra, lo de más allá... El fraile Tudela, desvergonzado, embustero y cinico...

A no ser por la figura simpática de Sor Asunción, ¡cuánto vicio, cuánta hediondez y cuanta hipocresía encerrada en unos cuantos renglones!...

Apartemos la vista con horror y el estómago con asco, etc., etc.

Volaverunt

En Beas (Huelva) hay armado un cipizape espantoso, por si el cura párroco ha vendido el manto de la Virgen de Clarines y otras prendas y joyas de inestimable valor.

Una comisión de personas respetables de la villa se han presentado al arzobispo para que les ayude en sus investigaciones.

A buena parte han ido á parar.

Como no hay cura que se atreva á vender nada sin contar con el obispo, éste no puede ser juez y parte, y menos si se llamó á la parte.

Acudan al juzgado en debida forma y quizás tampoco conseguirán nada.

Sardina que lleva el gato, y manto ó alhaja que lleva el cura...

Justicia democrática

El 17 de abril último celebraron los barceloneses un grandioso mitin en la Plaza de Armas del Parque para pedir al gobierno un indulto general que comprendiese á las víctimas de Maura y Lacierva.

En ese mitin hablaron Pablo Iglesias, Lerroux, Pedro Corominas, Bula, Palau, presidente obrero de la comisión Pro Presos y otros varios defensores de la libertad ultrajada, entre los cuales figuraba el libertario Mariano Castellote.

Este último no dijo mucho más ni mucho menos que los otros compañeros de mitin, y sin embargo, Castellote fué reducido á prisión «el 24 de mayo siguiente».

Todo este tiempo necesitó la policía

barcelonesa—que no sabe descubrir á los terroristas, ni aun teniendo un confidente como Rull en tiempos del odioso Ossorio—para recordar que Castellote había delinquido.

¿Cómo había delinquido? Pues atribuyéndole la policía una frase que no había pronunciado, es decir, mixtificándola á sabor de la policía para que constituyese delito.

Esa frase, es decir, la verdadera, la oímos perfectamente cuantos asistimos al mitin. Fué la siguiente:

«El señor Silvela siendo presidente del Consejo de Ministros, dijo que la cuestión social se resolvería con el mauser, á lo que contestó el señor Canalejas que para el mauser estaba la dinamita», conviene advertir que Castellote añadió: «Esto no lo digo yo, lo dijo el señor Canalejas.»

Es decir que el libertario Castellote no hizo suyas las palabras del demócrata Canalejas.

Así debe constar en las actuaciones judiciales, y es de suponer que cuantos testigos hayan comparecido ante el juez, hayan consignado *la verdad*, la que dejó consignada.

Sin embargo, Castellote continúa en la cárcel, sin fianza, casi incomunicado, puesto que el director, arbitrariamente, le secuestra los libros é impresos que sus amigos le envían y le abre la correspondencia.

¿Será que Castellote ha sido un temible terrorista ó ha puesto en peligro la tranquilidad social? No; Castellote es un propagandista pacífico, buen padre de familia, excelente obrero, cuya cultura le permitió informar en el congreso cuando Maura abrió la información pública sobre la «Ley contra el terrorismo».

Castellote, en fin, ha sido procesado diez y seis veces, sin que haya sido condenado ninguna.

Estos son los antecedentes de Castellote y esta su situación en los tiempos del demócrata Canalejas.

J. CABALLERO DE LA VEGA

Barcelona. Agosto 1910.

Uno de tantos

En Lérida hay una Junta de republicanos exclusivamente dedicada á organizar actos anticlericales, y uno de los tres miembros que la componen envía sus hijos al colegio de los maristas.

Ese ciudadano merecía ser cura, para poder decir con alguna autoridad lo de: «haz lo que yo te mando, y no lo que yo hago.»

Lo peor es que como este hay muchos.

Mamarrachos.

Cree y ora

Monólogo

La luz del sol, que se descompone al trasponer los pintados vidrios de la ventana de la celda ab e al iluminar la figura escuálida del fraile que ora ante un Cristo toscamente tallado, saca

reflejos auríferos de la apergaminada calva que blancuzcos mechones circundan...

Ni el zambido del cíñife, ni el ruido de la callo tarban la oración del penitente que, con frecuencia exaltado, hace el so il quío en voz alta...

«Yo, ¡pequé, yo pequé, yo pequé!», repite con insistencia desesperante el cenobita, mientras se aprieta el pecho con las yemas de los dedos sarmentosos que crujen cuando golpean.

«Yo pequé, Cristo piadoso, ¡perdón!» Y sus ojos, cuyo brillo apagó el ayuno y cuya mirada entarbian las lágrimas, se elevan anhelosos hasta la effigie que artista más creyente que hábil esculpió.

«Yo, Jesús mío, creyendo interpretar vuestras máximas, abandoné padre y madre; una buena y cariñosa madre que murió de pesar el mismo día que profesé en la orden; un padre que por educarme se desveló, y un hermano que al morir en lueñas tierras peleando como bueno en defensa de su patria, llenó de gloria su nombre y de alegría y pena los postreros días del anciano que le engendrara...

«Yo pequé, torna á repetir cada vez más angustiado; pequé contra Dios y su mandatos, contra los hombres y sus leyes; ni supe honrar padre y madre, ni á nadie útil; mi existencia se ha deslizado monótona entre macerar mis carnes con el cilicio y asistir á vísperas y matines; y hoy, que el frío que siento en el corazón hace tiempo sube á blanquear mis lacios cabellos, oigo á la conciencia que implacable me acusa; siento el torcedor de la duda que cruel me asedia.

«Ahora que los años me abrumen, deploro mi soledad y me atormento pensando en lo que dejé de hacer.

«Y la duda tenaz muere mi fe y devora mis creencias. ¡Oh, Dios! hasta á la blasfemia llevo en mi desesperación. ¡Perdón, perdón Jesús!

«No me mueve, mi Dios, para quererte el cielo que me tienes prometido ni me mueve el infierno tan temido...»

«No, yo no digo eso; yo no me amoldo á lo que el santo dijo; en mi sér no penetra la poesía de San Francisco Xavier; no; yo confieso mi mezquino egoísmo; entré aquí porque quería la bienaventuranza, y ahora que la duda se apodera de mi espíritu tiemblo por mi salvación. ¡Dios, santo Dios! Animad mi espíritu, fortaleced mi alma, no permitáis que el enemigo me robe la fe... Creo en Dios padre, creo en Dios hijo...»

Los últimos rayos del sol al retirarse, pejan la celda en una fría semioscuridad, de la que sólo se destaca la parte clara del Cristo. La figura, que parece desclavada y rígida, se mantiene con los brazos extendidos; por el cerebro del abad cruzan mil fantasmas, pasan rápidos los pensamientos, y una frase queda martillando en su sensorio: «Cree y ora, cree y ora...»

A poco las tinieblas lo envuelven todo.

Es de noche. Noche en la tierra fugaz, noche perenne en el cerebro del fraile...

ANGEL MACÍAS RODRÍGUEZ

Arévalo.

Por la Puerta del Sol y calles adyacentes, se pregonan un folleto titulado *El fraile*, firmado por Diego Corrientes.

No necesité más para saber que era en defensa de la clase, que oír el nombre del autor. Comprélo, vi confirmada mi sospecha, y exclamé:

«Nada más natural que un bandido defiende á los frailes. La frase tan manoseada de «quien es tu enemigo, el de tu oficio», no tiene aplicación en este caso.»

Moral clerical

En una semana:

Un fraile paga á otro un tiro en Taragona. (La prensa del día 3.)

En el Juzgado de Atarazanas (Barcelona) ha comparecido á juicio verbal, á instancia de una modistilla, un cura que se niega á pagar la máquina de coser prometida á la muchacha á cambio de sus favores. *[Sosteneur!]*

¡Apache! Poco tiempo antes había sido demandado por otra causa más fea.

El cura es beneficiado de San Justo, llamado Valls. (*Heraldo de Madrid* del día 4.)

Un párroco de Bilbao ha repartido armas y municiones entre los levantiscos clericales.

El gobierno le aplicará la ley. (*Heraldo de Madrid* del mismo día.)

En el Convento de la Santísima Trinidad de Getafe se encuentra secuestrada una linda muchacha de diecinueve años que las monjas se niegan á restituir á la familia. (*El Radical* del día 4.)

En el manicomio de frailes de Ciempozuelos se descubre la muerte de un alienado atacado de manía persecutoria, á quien los frailes hacían trabajar en clase de albañil. (Los diarios *España Nueva* y *El Radical*.)

El niño Carlos Meliá, alumno de las Escuelas Pías de San Antón, convaleciente de una trepanación, es maltratado por el P. Francisco Castro, y á causa de ello, sus padres afirman hallarse el niño en estado grave. (*España Nueva* del día 4.)

Castellón. Del convento de carmelitas de Honda ha desaparecido un fraile que antes de serlo se llamaba Manuel Alvaro Llovera, á quien sus padres buscan inútilmente desde hace un año.

La versión que por el pueblo corre es que ha muerto asesinado. (*Radical* del día 6.)

Otro que se redime

A la salida del presbítero don Antonio del Río, del convento de San Cayetano en Córdoba, ha seguido la de fray Rafael de San Joaquín, que ha trocado las tristezas de aquella tenebrosa man-

sión por la alegría de la casa de sus padres.

Cada vez que ocurre un caso de éstos, me arrepiento de haber dicho tantas veces que todos los curas y los frailes son iguales.

No; entre ellos hay algunos decentes: los que dejan la Iglesia al advertir que han sido engañados, y se lanzan á luchar por la vida como hombres dignos.

Un librepensador no debe dar dinero á la Iglesia bajo ninguna forma ni pretexto, ni aun con fines aparentes de caridad.

¿Por qué no es soldado el fraile?

Una de las cosas que más indigna al pueblo, y con razón, es el monopolio ó exención irritante que goza el fraile de no ser soldado. Esto, que en tiempos de paz es muy censurable, es realmente odioso cuando suena el clarín de la guerra.

Existe en esta materia un error que conviene rectificar. Cree el vulgo, con ó sin levita, que los seminaristas y los curas están dispensados de entrar en filas; no es cierto. El seminarista ó el cura, si no quieren ir al cuartel, han de pagar su redención á metálico como cualquier hijo de vecino. En los regimientos hay siempre muchos seminaristas; curas no hay más que los capellanes, porque los obispos no confieren órdenes sagradas, ni pueden hacerlo, mientras el ordenado no acredite estar exento del servicio militar, ó por haberlo ya cumplido, ó por haberse librado por el número alto ó por el dinero. ¿Y si se diera el caso de que un obispo ordenara á uno que tiene que ser soldado? Este caso no es fácil que se dé porque las edades que señalan los cánones para recibir órdenes implican que ya se ha pasado por el período de las quintas; pero, si así no fuera, el obispo incurriría en severas responsabilidades y el soldado-cura sería destinado á la enfermería, al hospital militar, ó á las órdenes del capellán del regimiento.

En Italia y en otros países donde el servicio militar es obligatorio y donde es potestativo el ingresar en filas antes ó después de terminar la carrera, los obispos, habiendo visto por experiencia que la vida de cuartel era un disolvente eficaz de las vocaciones eclesiásticas, confieren órdenes mayores antes de ir al regimiento y por eso es allí muy frecuente, y yo lo he visto, ver en la cocina ó barriendo las cuerdas á clérigos y frailes ó paseando por los patios rezando su breviario. Lo mismo sucede con los frailes; los superiores les dan la profesión solemne antes de ir al cuartel, porque si no serían contadísimos los frailes que al terminar su período militar volvieran al convento; aun así, muchos no vuelven.

Quedamos, pues, en que el seminarista y el cura en España no están exentos del servicio militar; bueno es que lo sepa el pueblo.

Pero, en cambio, lo están los frailes, no todos, pero casi todos. Porque ellos se han arreglado de tal modo, que con la tapadera de la enseñanza, de las mi-

siones ó de fines benéficos se escapan de las mallas de la ley y dejan el tuil para que lo coja el pobre que no tiene dinero ni viste hábitos. ¿No era más justo que hubieran ido á Melula los frailes, que no tienen hogar ni familia, que los reservistas, de cuya vida estaban pendientes tantas otras?

La ley de Reclutamiento y Reemplazos, que está pidiendo á gritos una reforma radical, dice que están exentos del deber de servir á la patria los hermanos de San Juan de Dios y los religiosos de las Escuelas Pías.

Los hermanos de San Juan de Dios se dedican al negocio de los manicomios, que es un río de oro para la Orden, no tienen á ningún demente de balde en sus casas, y si dirigen á algún orfelinato es también porque se lo pagan espléndidamente. Lo mismo sucede con los escolapios, fundados para enseñar *gratis* á niños pobres, cosa que sólo cumplen de pataleta y en determinadas poblaciones, dándoles tan copioso fruto, que ahora mismo acaban de asegurar por 4.000.000 de pesetas su colegio de Sarriá. Si son Ordenes ricas las dos citadas, ¿por qué no aprontan 1.500 pesetas por cada uno de sus individuos que haya de ingresar en filas?

Dirá alguien:

—Siendo esto así, muchos ingresarán en San Juan de Dios y en las Escuelas Pías para eludir el servicio militar, y pasada la quinta se saldrán.

Son los frailes más listos que todo eso; sólo se libran los *profesos*, es decir, los que ya están ligados á la Orden, y si por dispensa pontificia salieren de ella, quedan sujetos otra vez á la ley de Reclutamiento.

Además de las Ordenes citadas, según el artículo 50 de la citada ley, quedan totalmente excluidos del servicio militar activo los individuos pertenecientes á las Ordenes y Congregaciones que siguen:

1.º La Venerable Orden de Canónigos de San Agustín.

Según mis noticias, sólo existe una parodia de esta Orden en la Colegiata de León. Son canónigos con buenas rentas y no se ve en qué pudo fundamentarse tal exención para estos señores. Sería curioso saberlo.

2.º Congregación de la Santísima Cruz y Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

Son italianos casi todos sus individuos, toscos, cerriles, no usan jamás luz artificial y en Italia ejercen de carceleros del Santo Oficio. Menos mal si no eluden la ley militar de su país, ya que se escapan de la del nuestro. Seguramente así será; no son soldados italianos porque residen en España, ni soldados españoles porque son italianos. ¡Ah, cucos!

3.º Congregación de los Hijos del Inmaculado Corazón de María, establecida (la Congregación, no María) en las posesiones del Golfo de Guinea.

Esto no es cierto; está diseminada por toda España, sobre todo por Cataluña, de donde ha pasado á Alemania, Estados Unidos, América del Sur, etcétera. Los fundó el P. Claret, son más ordinarios que las patatas serranas y están haciendo en Fernando Póo un negocio morrocotudo acaparando todos los frutos y comercio de aquellas islas y cultivando el *sport* de dejar ciegos á los niños indígenas obligándoles

á mirar el sol de hito en hito, por cuyo horrendo delito fue llevado allí al patíbulo, hace pocos años, uno de estos frailes. Aquí, en Barcelona, son los dueños de esas tiendas, émulas del *Tupinamba*, que se llaman *La Guinea española*. ¿Por qué no son soldados estos señores? Porque son misioneros del... caucho, el azúcar, el cacao y el café.

4.º Religiosos profesos y novicios de la Congregación de María.

Son franceses casi todos ellos, aunque ya cuentan en sus filas á infinitos españoles, sobre todo catalanes. Se les conoce vulgarmente por *Maristas*. Se dedican á enseñar poco, malo y muy caro. Como son franceses (sobre todo los superiores), no quieren servir al rey de España, y los españoles que hay entre ellos tampoco, por no ser malos que sus hermanos galos, ¡una disculpa!

5.º Religiosos y novicios de la Congregación de San Alfonso de Ligerio, vulgo *Redentristas*.

Estos señores no tienen ninguna misión especial, y son á modo de jesuitas Codorniu, aunque más toscos y menos ilustrados que los de Loyola. La Congregación es de origen italiano, pero en la actualidad cuenta en España con numerosas casas de religiosos españoles. ¿Por qué no son soldados esta gente? Ellos y San Alfonso lo sabrán.

6. Ordenes religiosas dependientes del ministerio de Ultramar, que son: Agustinos Descalzos (Redentistas), Agustinos Calzados, Dominicos, Franciscanos, Jesuitas, Carmelitas Descalzos y Trinitarios de Alcazar de San Juan.

En suma, todos los que iban á Filipinas, no á misionar, sino á ejercer de pírcocos y á llamarse de or... Se perdieron las islas Filipinas, de las cuales me alegro por los frailes; se suprimió el ministerio de Ultramar; lo que no se ha suprimido es el odioso privilegio que se otorgaba á estos frailes de la exención del servicio militar ¡Veintitas bajezas y canalladas hacían para gozarlo!

Sólo, según la ley, gozaban de este privilegio los frailes procedentes de los conventos de Montagudo, Avila, Ocaña, Santiago, Valladolid, La Vid, El Escorial, etc., etc. Pues ellos englobaban á todos los conventos que tenían en España. Los jesuitas, que sólo podían obtener este privilegio los de una provincia, después lo consiguieron para toda la Orden. Los benedictinos se llamaron á la parte y luego los mercedarios, etcétera, etc. En fin, un verdadero escándalo. Suprimida la causa, ¿por qué continúa el efecto? Si ya no son nuestras tales Filipinas, ni allí tenemos intervención alguna, ¿por qué no son soldados los frailes que antes se libraban de serlo con el pretexto de tales islas? ¿Hasta cuándo va á seguir existiendo para los efectos de gangas franquistas el extinguido ministerio de Ultramar?

7.º Congregación de San Vicente de Paúl.

Otros que tal bailan. Se fundaron para evangelizar por campos y aldeas, y ahora se dedican á co... gios de pago y á dirigir á las hermanas de la Caridad en los misterios de la mistica. Son más bastos que el papel de lija y están en absoluto divorciados con el agua y el jabón. Por si esto fuera poco, el Gobierno les regala to los los años 60.000 pesetas. Como en toda España sólo habrá

unos mil paúles y todas sus casas cuentan con rentas fijas y lo que sale de los hospitales y asilos, les va tan ricamente á ellos labriegos con sotana. Que el Señor les conserve tan ricas brevas.

8.º Religiosos y novicios de la Orden de San Francisco establecidos en Ceberín, Vich, Sancti Spiritus (Valencia), Zarauz, Rucena, etc.

Con eso el *cetera* quiere decir la ley, que todos, entiendo, entiendo.

10. Religiosos y novicios del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

Vulgo *Flaminios*, en memoria del horrible crimen que cometió un hermano que se llamaba así en la persona de un alumno. Son franceses y españoles; tienen en España más casas que un perro pulgas. Son muchos, muy ricos y muy ignorantes. La mayoría han dejado el azadón para servir á Dios con olla fría. Son moretones como castillos. Fritillos, bien comidos y bebidos y que harían unos excelentes cabos de gastadores. Pero dejar á otros el honor y los riesgos de defender á la patria.

Resumen: Cerca de 6.000 hombres se eximen todos los años del servicio militar en España por ser frailes, y como el cupo se ha de llenar necesariamente, esos 6.000 huecos los llena el pobre y el obrero.

Señor Canalejas, señor ministro de la Guerra, ¿hasta cuándo ha de durar esto?

FRAY GERUNDIO

Felicitación rara

Al Secretario de Estado de S. S.—Felicitamos á la dinastía de los Merry por sus magníficos triunfos. A veces los muertos se ríen de los vivos. De aquellos polvos salen estos lodos. No todo en el monte es orégano. Tal suele haber que va por lana y sale trasquilado.—F. Ferrer.—C. García.

Un aplauso

Hace años salieron de Oran para Buenos Aires dos jóvenes hermanos, Pablo Abad Rodríguez y Antonio.

Tan activo como inteligentes y honrados, consiguieron á costa de muchos trabajos y sinsabores labrarse una modesta fortuna y entonces entróles como á tanto otros deseos de regresar á tierra que los vió nacer, para lo cual decidieron liquidar sus negocios.

Hace dos años próximamente escribieron á los amigos de su niñez de ideas avanzadas, para que fomentasen la idea de establecer en Orense una escuela laica, encargándose ellos de abrir una suscripción entre los paisanos que se hallaban de Buenos Aires para sostenerla, como así lo hicieron, enviando casi todo el dinero necesario.

Tropézose con una dificultad, la de

hallar un local á propósito; nadie quería alquilarlo á ningún precio. Por fin un correligionario alquiló un piso en su casa y la escuela se instaló.

Los hermanos Abad continuaron mandando dinero, al que añadían el suyo varios librepensadores de Orense, que además administraban la escuela.

Poco antes de regresar á España los hermanos, enviaron á la escuela varias toneladas de objetos para la fundación de un museo, entre ellos infinidad de animales acuáticos, terrestres y volátiles, muestras de minerales, armas indias, libros, retratos y un esqueleto de ballena de 21 metros de longitud, produciendo el valioso regalo gran alegría entre los amigos y un formidable disgusto entre los enemigos.

Llegaron por fin los dos buenos patras, bien de edad, de salud, de energía y tenacidad para seguir luchando por la cultura nacional y por las ideas regeneradoras, y se maravillaron del relato que sus amigos les hicieron de las dificultades que habían tenido que vencer para instalar la escuela, por la tiranía de las autoridades y la cobardía y la sumisión al clericalismo de la mayoría de los vecinos, relato que juzgaron exagerado.

Mas ¡ay!, pronto se convencieron de la verdad de lo que les habían dicho. Necesitando un local mayor para la escuela y el museo, fueron á ver un amigo de la infancia que administraba una casa de las condiciones que deseaban, y les contestó que ni aunque le dieran cincuenta duros diarios; y lo mismo les ocurrió con todos los propietarios de fincas á quienes fueron á ver.

Pero como ellos son hombres de voluntad, han pensado pedir, con su firma y la de varios amigos, dinero para construir una Casa del Pueblo donde puedan instalarse el Partido republicano, el Centro de sociedades obreras, la Escuela y el Museo.

Pocas veces salen de mi pluma frases de elogio; pero es porque escasean las ocasiones de elogiar con justicia. Abundaran los hombres del temple de los hermanos Abad y de los amigos de Orense que les secundan, y me dedicaría á elogiar y aplaudir.

Las malas lecturas

Leo sin la menor extrañeza lo que sigue:

«En un caserío cercano á Lerrumberrí (Pamplona), vivían José ó Ignacio, matrimonio de setenta y siete años ella y ochenta él, con su hija Josefa Zabelsa, de cuarenta y ocho años, y su marido.

La Josefa se entregó á la devoción; no safa de la iglesia, y pronto se observó en ella cambio de carácter. Padecía monomanía religiosa, según ha revelado el espantoso crimen que cometió, aprovechando la ausencia de su marido.

Con un garrote apaleó á su madre hasta dejarla moribunda. A los gritos que daba la infeliz salió el anciano José, y su hija le mató á navajazos.

Cuando volvió el marido se encontró con los cadáveres. Dió parte y la Josefa ha sido detenida.

Dice que ha obrado por voluntad de Dios, y que ha matado á su padre porque era masón.»

Repito que no me sorprende.

Si cayó en sus manos algún libro religioso en que se recomienda el exterminio de los herejes, creyó en conciencia realizar una acción meritoria exterminado á los autores de sus días.

Y como la intención salva, seguramente se verá sentada esa buena católica después de morir á la diestra de Dios padre todopoderoso.

¡Si tendré yo buen sentido, que no quiero ir al cielo ni aunque me aspen!

Hay que huir de las malas compañías...

En muerte como en vida

Son tantos y tan frecuentes los ejemplos de debilidad que á la hora de morir suelen dar hombres que en vida combatieron á la Iglesia, que debemos elogiar á aquellos que no dudan ni vacilan en tales momentos.

Y por esto me complace en tributar un cariñoso recuerdo á la memoria de Francisco Benítez Vilches, fallecido en Granada, hombre de gran inteligencia, luchador infatigable, y que vivió practicando constantemente esta máxima: «Trabaja para los demás y trabajarás para ti.»

A su entierro, que fué civil, acudieron más de quinientos amigos y correligionarios, algunos de los cuales pronunciaron discursos ensalzando sus relevantes condiciones de carácter, sus grandes conocimientos en varios ramos del saber humano y sus virtudes cívicas.

Historia corta

El Progreso de Barcelona publica la siguiente:

«Manuela Juncosa es una pobre viuda con cuatro hijos, el mayor de nueve años, que habita en la calle de San Antonio de Padua, número 7, 1.º, 2.ª. La pobre mujer vive sola con sus pequeños, es modista, trabaja todo el día y gran parte de la noche cuando hay trabajo, y cuando este falta, deja sus hijos en el piso ó jugando por la calle y ella solita recorre la vecindad, visita á las familias amigas y antiguas parroquianas, pidiendo por el amor de Dios le encarguen la confección de algún vestido ó de alguna prenda de ropa para que ella, con el producto de su trabajo, pueda dar pan á sus inocentes hijos.

Manuela Juncosa es viuda y no porque se le muriese su esposo de enfermedad ó muerte natural, sino porque se lo mataron infamemente. Su esposo se llamaba Isidro Martí y era panadero. Trabajaba en una tahona de la calle de Salva, en Pueblo Seco, cuando el día 28 de Julio del año pasado, al atardecer salía tranquilamente de su trabajo, y al efecto de reposar algo de su fatiga, deseoso de aspirar el ambiente de la calle al salir del horno, se paró un momento en el dintel de la puerta poniéndose á departir alegremente con la dueña de la tahona. En aquel momento un

malvado, parapetado en un terrado próximo, disparó contra el digno trabajador, y tuvo tan certera puntería, que la bala homicida le traspasó el vientre. Cayó al suelo el obrero mortalmente herido, unos vecinos humanitarios lo recogieron en brazos, lo llevaron al dispensario de la calle de Cabañes y allí expiró.

¡Podéis imaginar la triste situación de la pobre esposa al saber la muerte de su marido, al quedar viuda con cuatro hijos pequeñitos! Ya no podía contar con su jornal para darles pan; ¿cómo lo haría de allí en adelante para mantenerlos? ¡Horrorosa situación!

Trabaja, trabajar siempre, trabajar día y noche, trabajar hasta perder la vista y la salud, todo antes que ver á sus hijos morir de hambre ó escuchar sus vocecitas pidiéndole pan sin que ella pudiese dárselo.

Y ahí tenéis á la pobre madre trabajando, trabajando siempre sin descanso y dando de comer á sus hijos como es su deseo; pero hete aquí que sus ganancias no bastan para todo y llega un día en que no puede pagar puntualmente el alquiler del piso que habita, y no pudiendo pagar se le presenta un alguacil llevándole una papeleta de citación amenazándole con el desahucio, y la pobre mujer llora, se desespera, y ya se ve en medio del arroyo con sus hijos inocentes que no tienen padre que los ampare y defienda.

¿Y saben ustedes cuál es el que pide el desahucio de esta pobre familia?

Pues don Mariano Casals Morera, cura párroco de San Andrés de Palomar, y por añadidura presidente del Asilo de Pobres, que entre otras fincas urbanas tiene la propiedad de la casa habitada por la pobre viuda con sus cuatro hijos.

¡Oh cura benéfico que plantas en la calle á una familia! Yo te admiro.

¿Por qué? Porque me ayudas á demostrar que casi todos los de la clase merecáis ser barridos.

Si el casero es laico, alguno se le escapará al casero; mas si pertenece al clero, no se escapará ninguno.

Suceso cómico

En la residencia de los jesuitas de Bilbao, se ha desarrollado un suceso que regocijó notablemente á cuantas personas lo presenciaron.

Dos sujetos, pobremente vestidos, penetraron en el edificio, solicitando del portero una limosna.

Este, falto de autoridad para dar cinco céntimos, puso en conocimiento de un obeso jesuita, que pasaba por un pasillo próximo, la petición de los dos desconocidos.

El sotanescos hijo del Señor salió al vestíbulo y pronunció un discurso exponiendo la precaria situación de todos los que viven como é.

Los mendigos, irritados por semejante descaro, cruzaron una mirada; luego, uno de ellos exclamó:

—Respetable señor: Con esas carnes y esos colores, no se puede pregonar pobreza. Nosotros no hemos comido. ¡O nos dais unas perrillas ó quemamos el convento!

Jesuita y portero huyeron aterrorizados, perdiéndose en la obscuridad de un largo claustro.

Los mendigos, muertos de risa, se sentaron.

Uno de ellos creyó oír cosas estupendas: rumores de pasos acelerados, voces y el choque de armas con el suelo.

Diez minutos después, dos guardias municipales se presentaban en la residencia, olfateándolo y mirándolo todo.

Los mendigos al verlos pusieron pies en polvorosa, logrando uno de ellos despistar a los perseguidores y escabullirse. El otro continuó corriendo locamente.

Uno de los guardias seguía su ruta, pero perdiendo notable terreno.

En esto, á un ricacho de la Adoración Nocturna, que paseaba en automóvil, se le ocurrió una idea luminosa: meter al guardia, quieras ó no quieras, en el auto y partir á 70 kilómetros por hora.

El «terrible incendiario», viéndose perdido, se metió por callejas y callejones; pero el vehículo seguía en su persecución, rozando faroles y puertas y derribando algún que otro puesto ambulante.

Centenares de personas, interesadas en conocer el desenlace, aegufan al automóvil dando gritos ensordecedores.

Las personas ignorantes de lo que era y que veían avanzar al auto en loca carrera, hufan aterrorizadas, creyendo que se trataba de un caso de locura.

Por fin, el perseguido escaló unas tapias, cayendo sobre dos grandes perros, que, al verle, se abalanzaron sobre él poniéndole hecho una lástima.

El pobre hombre, víctima del miedo reaccionario, ingresó en un calabozo, maltrecho y sin comer.

El suceso que, como ya he dicho, fué cómico, tal vez haya resultado trágico para el que cayó en las garras de los jesuitas.

Averíguese lo que haya, no sea que ese pordiosero sea víctima de la broma de buen gusto que dió á los loyolas.

Detalles interesantes

Aunque no publicó EL MOTIN el artículo que le envié á raíz de la expulsión de la catedral de la coupletista Rosario Soler, por haber llegado á la redacción cuando ya tenía compuesto el número en que se ocupaba del hecho, voy á permitirme consignar algunos detalles, para patentizar la injusticia que con ella se cometió.

El primero es el de que entregó espléndida limosna, que fué aceptada por los canónigos con mucho gusto y fina voluntad.

El segundo, que el groserote penitenciarario que realizó el hecho brutal, á pretexto de si iba la Soler muy escotada, lo cual no era cierto, está acostumbrado, como todos, á ver en los divinos oficios aristocráticas damas completamente descotadas, sin que jamás se hayan escandalizado.

El tercero, que es público y notorio que varias señoras van á entrevistarse allí con varones que no son de su familia; que muchas parejas de novios en el Pilar se citan, aproximándose algunas tanto, que en ocasiones dieron lugar á protestas de los concurrentes.

El cuarto, que entre los visitantes cuotidianos al templo figuran señoras (?) muy conocidas en ciertas casas, alguna de las cuales, según afirmó regocijadamente el semanario *La Libertad*, tuvo, ó tiene el raro capricho de vestirse de virgen del Carmen para entregarse á sus faenas... domésticas.

El quinto, que una señora de casa registrada en el gobierno civil, visita todas ó casi todas las tardes la catedral con alguna de las exseñoritas de su comercio, llamativamente trajeada, cual si se propusiese reclutar parroquianos en el sitio de donde fué arrojada la Soler.

Y no doy más detalles parecidos, por que sería el cuento de nunca acabar; pero afirmo que todos son ciertos, innegables y públicos en esta ciudad, y que por esto produjo más indignación la salvaje conducta del penitenciarario escrupuloso, que nunca tuvo una palabra de censura ni ejecutó acto alguno contra las mujeres que, según él, impurifican el templo.

Verdad es que si no se permitiera entrar en los templos sino á los que no tuviesen máculas en su vida ni lacerías en su conciencia, reinaría en ellos la soledad más espantosa; soledad que pocos curas sufrirían, porque no podrían entrar tampoco; y por de contado, ningún fraile.

Zaragoza.

A. A.

EJEMPLO QUE IMITAR

Entre los muchos bienes que produce la actual actitud rabiosa de curas y frailes, está el de que van despertando á la vida anticlerical muchos pueblos hasta hoy indiferentes en materia religiosa. Uno de ellos ha sido el de Tiedra (Valladolid).

Comenzaron los clericales, capitaneados por el parroquidermo, á recoger firmas contra Canalejas; á pesar de haber arrancado en las escuelas las de los niños de siete, ocho y nueve años, recogieron muy pocas; furioso el de la coronilla pelada, llamó á gritos canallas y otras lindezas á algunos individuos que se hallaban paseando en los alrededores del templo; para protestar de todo aquello, decidieron varios vecinos mandar un mensaje de adhesión á Canalejas, recogiendo en el acto más de 400 firmas, entre ellas las del alcalde y cinco concejales, y desde entonces los clericales no saben lo que se rebuznan, los unos de coraje, los otros de miedo; y más desde que se han enterado que los anticlericales andan en averiguaciones acerca del paradero de las miles de pesetas en que fué vendido por orden del obispo de Zamora el valioso y artístico retablo de la iglesia de Santa María.

Sigan el ejemplo de los de Tiedra todos los vecinos de aquellos pueblos en que los curas se desmandan, y ríanse de las amenazas de guerra civil.

Todas las langostas, la clerical inclusive, hay que extirparlas en estado de canuto.

Milagro patente

Lorenzo Lázaro, de oficio cura, intentó entrar en Valencia una maleta con rosarios y estampitas.

Creyendo los de consumos que podría equivocarse el ministro de Dios al exponer el contenido, abrieron la maleta.

Y en castigo de su duda impía, la Providencia hizo que las estampitas y los rosarios se convirtieran en un kilo de embutido, otro de pescado, cuatro de dulce y dos de queso.

Y atribuyo á milagro de la Providencia la transformación, porque, de lo contrario, tendría que llamar embustero, matutero y estafador al cura; y sabido es que jamás me permití una palabra más alta que otra al juzgar la conducta de ningún virtuoso individuo de tan respetable clase.

Dejo íntegra esta triste gloria á los redactores de EL MOTIN, que se complacen en insultarlos y escarnecerlos en cuanto alguno de sus honrados miembros roba, estupra, asesina ó sodomiza.

Niño afortunado

Juan Capdevila se llama el cura y Juan Vallbom el monaguillo.

—¡Pobrecito! ¡Cómo lo habrá puesto!

—Hecho una lástima.

—La lujuria sacerdotal es insaciable.

—Pare usted el carro, amigo, que no va esta vez por ahí el agua del molino.

—¡Ah! Respiro.

—Lo ha puesto hecho una lástima, de la monumental paliza que le ha propinado, por retrasarse en su ida á la iglesia.

—Y en qué iglesia ha sido?

—En la de la Bonanova.

—¿De qué población?

—De Barcelona.

—Felicite usted de mi parte á ese niño por no haber salido con desperfectos de otra clase.

—Será usted complacido.

—Muchas gracias.

Verdad innegable

El eminente redactor del *Asino*, Guido Podrecca, refiere lo siguiente:

«Un reverendo que ahora apunta muy alto, viéndome después de muchos años, me decía en la alegría de las confidencias expansivas:

«—¡Ah, mi querido amigo! Te he seguido siempre en tus luchas contra nosotros, pero tienes mucho que hacer aún. Mientras haya imbéciles, la Iglesia de Roma triunfará siempre; y añadió, después de una pausa, en tanto concluía de beber una copa: ¡E imbéciles... los habrá siempre!»

Defensa de los atentados

«Es un pensamiento saludable el que entiendan los príncipes que si oprimen la república y se hacen insufribles por sus crímenes, viven con tal condición que, no sólo de derecho, sino con gloria y alabanza, pueden ser despojados de su vida.»

El P. Mariana, jesuita.

Imprenta de D. Blanco, Libertad, 21